

Die neuen Abenteuer von **MARICONEN DEL ESPACIO**

¡Sieg heil!

Nº 5

5 €

En español

¡SIEG HEIL!

Primera edición: Julio 2016

Ejemplar gratuito sin numerar para su distribución digital.

Concepto: Negro de mierda, Judío asqueroso, Polaco de los cojones.

Escrito y maquetado por: Negro de mierda.

Diseño de la cubierta: Polaco de los cojones, Negro de mierda.

Revisión y correcciones: Negro de mierda.

Edita: Condiloma Ediciones

I.S.B.N – No tiene.

Depósito legal – Tampoco, eso es de maricones.

Impreso en España

Maricones del espacio y su logotipo son una marca registrada en España. Esta obra está bajo una licencia **Reconocimiento - CompartirIgual 4.0 Internacional** de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite:

<http://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>

o envíe una carta a *Creative Commons*,

171 Second Street, Suite 300.

San Francisco, California 94105, USA.

El artista es el ingeniero del alma humana.

Iósif Stalin.

VOLUMEN XI

BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL

* * *

NECROMARICÓN ILUSTRADO

* * *

REFLEXIONES DE UN HUMANO HETEROSEXUAL

Ya de joven me había fijado en que ningún periódico cuenta nunca con fidelidad cómo suceden las cosas, pero en España vi por primera vez noticias de prensa que no tenían ninguna relación con los hechos, ni siquiera la relación que se presupone en una mentira corriente. En realidad vi que la historia se estaba escribiendo no desde el punto de vista de lo que había ocurrido, sino desde el punto de vista de lo que tenía que haber ocurrido según las distintas «líneas de partido».

Estas cosas me parecen aterradoras, porque me hacen creer que incluso la idea de verdad objetiva está desapareciendo del mundo. A fin de cuentas es muy probable que estas mentiras, o en cualquier caso otras equivalentes, pasen a la historia. ¿Cómo se escribirá la historia de la Guerra Civil Española?

Es evidente que se escribirá una historia, la que sea, y cuando hayan muerto los que recuerden la guerra, se aceptará universalmente. Así que, a todos los efectos prácticos, la mentira se habrá convertido en verdad.

George Orwell

(Murió sin saber que la verdad nos suda completamente la polla)

Del libro ‘*Mi Guerra Civil Española*’

BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL

SEXTA PARTE

SEIS MILLONES DE JUDÍOS NO PUEDEN ESTAR EQUIVOCADOS

Pese a que hoy por hoy todo el mundo sabe de sobras que fue un tío de puta madre huelga decir que, debido a la actitud rebelde e inconformista que manifestó desde su más tierna juventud, Adolf Hitler no siempre gozó de tan buena reputación como la que le precede.

Habiendo nacido en una humilde villa al oeste de Linz, el pequeño de los Hitler creció en el seno de una familia trabajadora de su época. Su madre estaba empleada como secretaria personal del alcalde en el ayuntamiento de Braunau y su padre... bueno, el gilipollas de su puto padre decía trabajar de lampista aunque en realidad se pasaba la mayor parte del tiempo privando en la Oficina, un bar de tapas que había frente a su casa. Supongo que para quienes hayan sufrido la fatiga de tener un padre alcohólico no hará falta que dé más detalles al respecto. Cada día, sobre las nueve de la noche, el cabeza de familia regresaba a su casa borracho como una cuba dispuesto a liarla parda; curraba a su mujer; azotaba a sus hijos sin razón y sin motivo; se liaba a guantazo limpio con su cuñado en vísperas de navidad e incluso trató de asesinar a su suegra con arsénico en varias ocasiones ya que temía que pudiera influir negativamente sobre su esposa convenciéndola para que ésta accediera a divorciarse de él. Un drama, vamos.

La precaria situación familiar que Adolf Hitler y sus cuatro hermanos padecieron durante los años en que convivían todos juntos, sumidos bajo el yugo de aquel despotismo paternal encubierto, repercutió considerablemente en su educación e hizo mella en la inocencia de sus cándidos temperamentos. El mayor de los cinco, Gustávolf Hitler, quien pretendía ser escritor porque le molaban los libros de Dostoievsky, se suicidó colocando una manguera desde la boca del tubo de escape hasta la ventanilla del coche de su padre y mu-

rió por asfixia al exponerse a inhalar dióxido de carbono durante varias horas seguidas. El que le seguía, su hermano Gabriel, cayó víctima del abuso de las drogas intravenosas y a la edad de quince años la policía encontró su cadáver flotando bocabajo en una de las piscinas del polideportivo municipal de Linz. Su hermano pequeño, Alfonso el Panocho, se metió una canica por la nariz mientras bebía Fanta naranja... así que podéis intuir que la tragedia se cebó con la ya de por sí desdichada familia Hitler. De los cinco hermanos que fueron, tan sólo Adolf y su hermana Paula llegaron a la edad adulta.

La aciaga situación precipitó al pequeño Adolf hacia determinados conflictos interiores que sólo conseguía mitigar alienándose de sí mismo y de sus necesidades. A consecuencia de dicha alienación el chaval desarrollaría una identidad muy débil; su rendimiento escolar resultó ser el más bajo de toda su clase, y no porque el chico fuera idiota... simplemente tenía la sensación de que no le merecía la pena esforzarse para ser tan estúpido y soplapollas como todos los demás. Bien es cierto que se pasaba el día rodeado de pijos cenutrios de mierda que no le comprendían en absoluto, puesto que ninguno de ellos había sufrido en vida tanto como él. Su vacío interior lo tuvo que llenar con fantasías violentas y poses superpuestas; además, su conducta antisocial le apartaría del resto de sus compañeros ya que Adolf se sentía mucho más cómodo viviendo abstraído por las artes plásticas, la lectura y la escritura mientras que el resto de los men-drugos de su edad preferían salir al patio a jugar al fútbol o al balón-cesto. No sería una infancia fácil; nunca nadie le echó una mano a excepción de su pobre hermana, con quien compartía el mismo sentimiento de aflicción puesto que a menudo era agredida física y sexualmente por su impúdico y lujurioso padre.

El fracaso académico se hizo patente durante los últimos cursos de la educación básica en los que Adolf llegó a suspender prácticamente todas las asignaturas del ciclo con la sola excepción de reli-

gión y gimnasia. Pero el peor precio a pagar por sus desastrosos resultados no sería la reprimenda que pudiera recibir a consecuencia de sus malas calificaciones sino la indiferencia con la que, diariamente, le trataba todo el mundo. En la pubertad, Hitler terminó codeándose con los alumnos inadaptados del colegio y creció al margen de la sociedad, ensimismándose en su pasión por las consolas de videojuegos de 16-bits y escuchando cintas de punk Oi!

Con el tiempo la situación en casa se hizo insostenible. Su madre terminó abusando de las benzodiazepinas y su hermana Paula les abandonó para hacerse prostituta de carretera. Hitler, apenado tras la terrible pérdida de su hermana querida –la única persona en la que realmente podía confiar–, decidió marcharse a vivir por su cuenta. Repetidas veces había pensado en el suicidio, pero el odio que sentía hacia su padre le hizo crecer como una flor bajo la adversidad. Nada podía ir ya a peor así que, hundido en su propia miseria, decidió sublevarse contra su pasado y seguir siempre adelante.

Renunciar a la educación secundaria le auguraba un futuro incierto aunque, por primera vez en su vida, la suerte le sonrió entregándole un jefe austero pero bondadoso que se convertiría en lo más cercano que Adolf Hitler llegó a tener como figura paterna. La paupérrima circunstancia en la que vivía sumido el chaval conmovió al encargado de la cadena de electrodomésticos Delhi, quien le hizo un contrato eventual para trabajar como chico de los recados y le ofreció vivir provisionalmente en el almacén mientras no consiguiera el dinero suficiente para poder alquilarse una habitación.

A partir de entonces Hitler viviría escondido de la gente entre el polvo, las ratas, la mugre y las cajas de cartón. Fue allí donde se le ocurrió la idea de dejarse su famoso bigotillo en honor a Charles Chaplin, figura por la que sentía verdadera devoción ya que veía la mayor parte de su miserable vida reflejada en las películas del afamado actor y director hollywoodiense.

A primera hora, siendo aún de madrugada, llegaba el camión con el reparto y era él quien debía descargar las neveras, los televisores, los lavavajillas, las lavadoras y demás electrodomésticos... aquel sobreesfuerzo diario propició el que, paulatinamente, Adolf fuese tonificando su cuerpo fofo de adolescente hasta conseguir una figura esbelta y musculada; se le pusieron gordos los brazos como si fueran los de un piragüista. El resto de la mañana se lo pasaba colocando el género en los estantes; luego, a mediodía, su jefe le daba diez yabs para que bajase al bar a pillarle un cubata y con la pasta que le sobraba se compraba siempre un bocadillo de salchichón. Por la tarde barría el almacén, fregaba el suelo y limpiaba los cuartos de baño con lejía. Finalmente, poco antes de la hora de cerrar, el chico aprovechaba para ordenar las cajas con el pequeño material ya fueran los aparatos de radio, las cámaras de fotos, los relojes despertadores y demás, clasificando y verificando las existencias disponibles.

En cuanto los dependientes de la tienda se habían marchado a sus respectivas casas llegaba el mejor momento del día: Adolf ponía en el equipo estéreo ‘Son tus ojos dos estrellas’, su casete favorito de Camarón de la Isla, y se echaba el piti que su jefe muy amablemente acostumbraba a dejarle junto al improvisado colchón de cartones en el que dormía. Luego salía al patio del almacén y, bajo un reconfortante cielo estrellado donde la luna brillaba con el mismo amor que sentía por su pobre hermana, el joven se arrancaba en cante por alegrías justo antes de echarse a dormir. Poco podía importarle ya lo que pensarán de él puesto que al fin, después de haber tocado fondo por completo, el chico comenzaba a sentirse feliz consigo mismo.

* * *

A quien a buen árbol se arrima... ¡Patada en los cojones!

Satisfecho con el buen rendimiento y las ganas que le estaba poniendo el chaval, Basilio, el encargado de Electrodomésticos Delhi, decidió ascender a Adolf Hitler en su trabajo. El muchacho no cabía en sí de su gozo; a partir de entonces sería mozo de almacén en lugar de chico de los recados. La misma mañana en que se confirmaba su ascenso el jefe le hizo entrega de un uniforme nuevo, color pardo, y le regaló también una defenestrada guitarra que había pertenecido a su abuelo. Agradecido como nunca en su vida, Adolf Hitler empleó sus primeras vacaciones de navidad trabajando en un comedor social para mendigos y gente sin hogar, donde recibió el cariño de los más necesitados.

De sus buenos propósitos para el año siguiente quiso que uno de ellos fuese el poder independizarse definitivamente. Tras seis interminables meses de duro trabajo sin descanso Adolf pudo reunir la cantidad necesaria para pagar la entrada de un piso modesto a las afueras de la ciudad y se fue a vivir allí en verano, no sin antes devolverle el favor que tan generosamente había hecho por él su atento encargado Basilio. Durante el tiempo que vivió en el almacén Adolf Hitler escribió su primer libro titulado “Klaüs Zayin y las siete formas del amor”, cuya versión original pretendía servir de obsequio en agradecimiento a su jefe por las atenciones que le había prestado.

–Vaya, chaval, muchísimas gracias... esto, vaya... no sé qué decir –Articuló el encargado cuando Adolf le hizo entrega de la novela.

–No hay por qué darlas, señor Basilio –argumentaba él–, usted ha sido siempre muy generoso conmigo.

–Sí claro, esto... verás... una pregunta que quería yo hacerte... –Masculló Basilio mientras el resto de los empleados de la tienda observaban la escena con detenimiento.

–Dígame señor Basilio–Le contestó el chico con diligencia.

–A ver, mira. Si yo, por ejemplo –Decía mientras le mostraba la mano en forma de cazoleta–, si pongo la mano en cuenco, así como la tengo ahora, la coloco contra mi culo y me voy crujiendo...

– ¿Sí? –Le preguntó el chaval contrariado. Adolf pudo advertir que sus compañeros se sonreían con cierta sorna.

– ¿Cuántos peos crees tú que puedo llegar a acumular, sin que se derrame ni uno solo, si me los voy tirando a una media de cuatro o cinco cuescos por segundo? –El encargado se pegó un sonoro escopetazo en toda la mano y la gente se echó a reír.

–Estee... pues, yo... pues no sé –Balbuecía Hitler.

– ¡Ja ja ja! ¡Pero que te estoy tomando el pelo, tontolpijo! –Le confesó a la vez que le asestaba una cleca en todo el pescuezo con la misma mano en la que acababa de pearse-. ¡Hostia Dólfins! Serás muy buen empleado, no digo que no, pero desde luego... ¡Mira que eres tontopollas! ¡Ja ja ja! ¡Si es que estás apollardao perdío!

–No me llamo Dólfins, señor Basilio... –Incidió con brusquedad, acallando las risas de los allí presentes–. Me llamo Adolf Hitler.

– ¡Vaya! ¡Mira! ¡Será la primera vez que te vea demostrando un poco de amor propio! ¿Qué coño pasa contigo, chaval? ¿Es que ahora vas de que quieres rebelarte contra tu jefe?

–No, em... no. Claro que no señor Basilio.

– ¡Claaaro! ¡Así me gusta, hombre, que seas cumplidor! Anda, ve-te... que tienes que volver a fregar el cuarto de baño porque acabo de soltar un cagarro que no se va ni con disolvente ¡Ja ja ja! –Sus empleados le doraban la píldora exageradamente, como si aquel capataz cavernícola de tres al cuarto fuese el hombre más ocurrente y divertido del universo. Justo después de que se mitigaran las carcajadas se hizo un breve silencio, entonces Adolf tuvo las agallas de plantarle cara al impertinente cacique que se las daba de humorista.

–Me parece que me he equivocado con usted –Le confesó–, traiga acá ese libro... ¡Está claro que no se lo merece de ninguna de las maneras!

– ¡Uuuu-uuuh! –Aullaron varias de las vendedoras, asombradas ante el atrevimiento que mostraba de pronto el joven.

–Chaval... –Articuló su jefe con actitud deliberadamente amenazadora– ¿Me da la sensación de que me estás vacilando?

Y no había pasado un segundo tras su intervención cuando Adolf, arrebatado por la cólera que despertaba en su interior el tener que soportar semejante desfachatez, le despachó al capataz un violento puñetazo en todos los morros que lo echó a dormir la siesta. La multitud quedó abrumada y boquiabierta.

– ¡La puta que te parió! –Exclamó el encargado desde el suelo mientras trataba a duras penas de incorporarse–, ahora sí que la has jodido bien, niño de mierda ¡Con todo lo que yo he hecho por ti! Ya puedes empezar a recoger tus cosas y largarte de aquí porque estás despedido ¿Me oyes? ESTÁS ¡DES-PE-DI-DO! –Tal como terminó de pronunciar esta última palabra, Adolf Hitler, mirando a su jefe a los ojos con clara intención de desafío, le asestó un último y brutal patadón en los huevos que le puso en órbita sendos cojones. Para pasmo generalizado, el encargado se retorció sobre sí mismo como un gusano putrefacto y, exhibiendo una encendida y angustiada mueca de dolor poniendo los ojos completamente bizcos, estalló en mil pedazos de carne que bañaron el rostro del personal con una descomunal explosión de sangre, fragmentos de vísceras y cerebro. Allí donde antes estuvo el cuerpo del jefe tan sólo quedó un pequeño charco viscoso de un extraño color verde fosforescente.

– ¡Abran paso, policía militar! –Clamó de pronto una voz a la entrada del almacén.

– ¡Ha sido él! ¡El chico de los recados! ¡Todos lo hemos visto! –Declaró ipso facto la gorda chivata de la Isabel.

– ¡Gorda chivata de mierda! –Le reprochó Adolf Hitler escupiéndole en su puta cara de gorda.

– ¡Llévenselo, por favor! –Prosiguió ella–. ¡Siempre supimos que Adolf era un chico conflictivo! ¡Al final ha terminado por asesinar a nuestro encargado!

La policía militar arrestó a Adolf y, semanas después, un tribunal gubernamental lo condenaba a cumplir cadena perpetua en la fortaleza de Landsberg por un crimen que él no había cometido. O bueno, sí... en realidad sí que lo cometió. Su buena voluntad, su desmedido altruismo y su fe en la humanidad se desvanecieron para siempre en medio de una densa niebla de indignación que mitigó el intenso candor de su alma.

Estando en prisión, Adolf Hitler se hizo respetar entre el resto de los reclusos debido a sus pintas de enajenado mental y a su rudo carácter. Allí continuó leyendo, escribiendo y machacándose por tal de estar más cachas para cuando consiguiese salir del maco. De nuevo, la diosa fortuna jugó a su favor y, por extraño que pueda parecer, la justicia terminó absolviéndole de su pena. Acababa de estallar la primera guerra mundial.

* * *

NECROMARICÓN ILUSTRADO

PORCULISMO INTERNACIONAL

Puede decirse que, como tal, la idea del Porculismo internacional se gestó a finales del siglo XIX y comenzó a ponerse en práctica, ya como tendencia, a principios del siglo XX. Si usted trata de averiguar por su cuenta cuál fue el auténtico detonante por el cual estalló la Primera guerra mundial en Europa mayormente encontrará información confusa y bastante contradictoria. Lo cierto es que la mayor parte de la gente desconoce cuáles fueron los verdaderos motivos que llevaron a desencadenar la Gran guerra en los que se vieron involucrados el Imperio Alemán, el Imperio Austro-Húngaro, el Imperio Otomano, el Imperio Ruso, el Imperio Británico, Francia e Italia. Pues bien, tal y como era de suponer a estas alturas del relato, la culpa de que se armase todo aquel pifostio monumental fue una vez más de los sucios y perversos maricones del espacio.

Para ponernos en situación habría que aclarar que por aquel entonces –quiero decir, a finales del siglo XIX–, tanto Francia como Italia eran naciones que se encontraban completamente sumidas bajo el yugo gayerrestre. El orden eclesiástico de la época, cuya cúpula lideraban los maricones del espacio, había conseguido que la población en ambos territorios estuviese constituida íntegramente por ciudadanos homosexuales de segundo nivel. Así pues el siguiente paso sería expandir sus conquistas y, para ello, tal como lo harían los jugadores más experimentados en el Risk, volverían a tomar la cautela y la paciencia como báculo de sus más siniestras pretensiones. Pero si hay alguien al que debería culparse de verdad, y no por maricón si no por imbécil e hijo de puta hasta decir basta, ese sería sin duda un joven idealista de los cojones llamado Karl Marx... que quiso cambiar el mundo con su nefasto rollo pseudo-hippie de mierda.

Los primeros maricones que llegaron a Tréveris —el pueblo natal del gilipollas ese que he mencionado en el párrafo anterior— fundaron los escolapios ‘Sor María Auxiliadora de tu puta madre y los negros’ (No me lo invento, lo cierto es que se llamaban así... más o menos, vaya) y fue allí donde Karl estuvo cursando su educación primaria hasta que, ya en sus años de pubertad, se trasladó a Alemania cuando le ofrecieron una beca para estudiar en la universidad de Bonn. Y, a todo esto, ¿qué diríais que hizo un joven muchacho heterosexual de la época para agenciarse una beca en la ya entonces prestigiosa universidad de Bonn? Pues muy sencillo: A parte de dejarse dar por el culo y comerse unas cuantas pollas, Karl Marx, que era el empollón más vomitivo e infecto de su clase, en lugar de escribir una redacción acerca de las vacaciones de verano que pasó junto a sus padres —como hacía todo el mundo—, el muy gilipollas redactó su famoso ‘Manifiesto porculista’; una fantasía utópica y descabellada donde Marx instaba a la población heterosexual del mundo a abandonar las armas, a dejarse dar por el culo sin pudor y de una vez por todas. Según su propio razonamiento, el hombre llevaba demasiado tiempo esclavizado por su propia masculinidad, tratando inútilmente de evitar la sodomía cuando en realidad, decía él, no había motivo alguno para que así fuera.

"Tiemblen, si quieren, las clases gobernantes, ante la perspectiva de una revolución porculista. Los porculetarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero de placeres que ganar."

En sus reflexiones también desarrolló la teoría sobre el punto “P”, un lugar oculto en las recónditas profundidades de nuestros culos donde se encuentra el placer orgásmico más indescriptible que el

ser humano pudiese llegar a experimentar jamás... y que sólo podría alcanzarse a través de la enclada. Todo un visionario, vamos...

Total, que menudo cuadro... Marx ganó los juegos florales de su escuela a la mejor redacción del año –El jurado estaba presidido, obviamente, por maricones– y sus escritos pasaron a formar parte de la conciencia social de su pueblo, llegando a convertir al Porculismo en una forma de gobierno e incluso en un partido político de envergadura internacional. A partir de entonces los maricones del espacio no tendrían ni que esforzarse por tal de elucubrar artimañas que les sirviesen de excusa para seducir a los varones heterosexuales y follárselos por el culo... serían estos mismos los que de buena gana, y movidos por la curiosidad, se dejarían petar el ojalde sin pedir nada a cambio, siempre bajo el archiconocido ‘Lema del currante’: Lo mismo da empujar p’atrás que empujar p’alante. A los seguidores de dicha doctrina Marxista se les conocería como los ‘ojetes rojos’, los ‘rojetes’ o sencillamente los ‘rojos’. Nunca antes la humanidad había estado tan cerca del cataclismo y, como siempre, todo por culpa de un ideólogo gilipollas.

* * *

INTIFADA ANAL

Igual que si fuese una de esas estúpidas modas que irrumpen un día cualquiera sin que nadie pueda hacer nada por evitarlo, el porculismo internacional fue ganando adeptos y afianzándose como exigencia generacional entre la juventud de las clases trabajadoras más desfavorecidas del momento; los tontos y los paletos, vamos. Los principios de dicha doctrina pronto se hicieron eco en la prensa escrita, un amplio sector de la población se movilizó por tal de promulgarla y, la verdad, llegó un punto en que incluso estuvo mal visto el que uno no confraternizase con los ideales del manifiesto porculista. La gente siempre ha sido igual de imbécil, qué os voy a contar.

Coincidiendo con el primer aniversario de la publicación del ideario de Marx, el Gremio de Porculetarios Asociados convocó a todos sus simpatizantes en una asamblea multitudinaria con el fin de constituir las bases del que sería un gran partido político de ámbito internacional. Durante el pisolabis de presentación se proyectó la opera prima cinematográfica de un joven director valenciano llamado Ernesto Guevara. La organización de tan magno evento había dispuesto una pantalla gigante, varios cientos de sillas plegables y una tonelada de maíz en grano para hacer palomitas. La finalidad de la proyección no era otra que la de despertar el sentimiento de rebeldía entre los más fanáticos. La filmación —en blanco y negro, con subtítulos en alemán— era claramente una apología al homosexualismo más rancio que hubiese podido llegar a rodarse jamás. El título original de la película era *Distinto a los demás* y, pese a que no tenía un hilo argumental demasiado sólido, reflejaba una moraleja bastante alentadora dirigida lógicamente a los incondicionales del porculismo.

En la primera escena aparecía un matrimonio heterosexual con sus dos hijos –niño y niña, ‘la parejita’ que se suele decir– delante de una preciosa casa blanca ajardinada con el porche de madera en las afueras de Missouri. Los más fanáticos abuchearon la idílica estampa e instantáneamente perdieron los papeles lanzándole hortalizas podridas, piedras y escupitajos a Ernesto Guevara, el director, que se encontraba entre el público asistente protegiéndose como podía del abucheo tumultuario. Una melodía de violín taciturna y afligida sonaba abriendo paso a la segunda escena, donde unos paupérrimos maricones lamían con angustia los restos de comida en descomposición que se apercebían junto a un contenedor de basuras del *Alcampo*. Justo cuando enfocaban un primer plano del maricón más bello del metraje –que llevaba una cáscara de plátano y una hoja de lechuga sobre la cabeza– éste arrancaba a llorar, y con su primera lágrima consiguió enternecer el corazón de los espectadores que, absolutamente conmovidos por la desgarradora tristeza de dicha imagen, terminaron cogiéndose de las manos en señal de comunión. La peli proseguía mostrando escenas de porno gay extremo mezcladas con fragmentos de *Ben-hur*, *Espartaco* y *Brokeback mountain* que iban intercalándose entre sí en una tórrida miscelanea mientras se escuchaba de fondo el tema ‘*Relax*’ de los *Frankie goes to Hollywood*.

Los asistentes al estreno se pusieron a bailar y clamaban estentóreos cánticos de euforia cuando la cara de Karl Marx aparecía entonces en la pantalla alejándose hacia el espacio infinito para mostrar definitivamente el verdadero mensaje de la proyección:

–PORCULISMO INTERNACIONAL– Rezaba el título, justo en el clímax de una sintonía salchichera claramente fusilada de *La guerra de las galaxias*. Luego se escuchaba un redoble de tambores que iba mitigándose poco a poco y la película terminaba con una filmación casera en la que se veía a Karl Marx tumbado sobre la cama, vestido

con lencería negra, liguero, sujetador y medias de encaje, pajeándose como un macaco enfurecido y febril hasta que, entre exageradas convulsiones y ridículos jadeos, acababa por correrse. Por último apareció el emblema que ostentaba la bandera del Porculismo internacional: una polla y un martillo cruzados entre sí formando una 'X'. La muchedumbre enloquecía de fervor y tras aquella primera asamblea para subnormales profundos podría decirse que germinó el conflicto que daría comienzo a la primera guerra mundial, donde combatieron el bando de los heterosexuales contra el bando de los porculetarios.

* * *

BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL

SEPTIMA PARTE

HITLER ERA UN HOMBRE SENSIBLE

La misma tarde en que los reclusos de Landsberg fueron liberados, varios camiones del ejército estatal les esperaban a las puertas de la prisión para llevárselos a combatir en el frente occidental. A la salida se formaron dos filas de presidiarios que estaban custodiadas por soldados armados con imponentes ametralladoras. Un militar de alto rango, que se distinguía al fondo dividiendo sendas filas, era el encargado de seleccionar a los más aptos para luchar en la contienda. A Adolf Hitler le daba exactamente igual dónde le destinasen, él se consideraba a si mismo pacifista y no estaba dispuesto a asesinar a nadie más; salvo que se encontrase cara a cara con su tiránico padre, claro está. Su idea era la de desertar y volver a Berlín, donde encontraría un floreciente foro cultural del que había oído hablar en prisión y en el que pretendía ingresar para formarse como artista. Por aquel entonces sus máximas aspiraciones profesionales se centraban mayormente en la pintura y en la escritura.

En cuanto llegó su turno, el sargento le echó un repaso de arriba abajo; luego se tomó un segundo para reflexionar y, señalando con el dedo hacia el lado contrario al que había confinado a la gran mayoría de sus compañeros de corredor, le hizo subir en un camión donde apenas se montaba nadie. Adolf se sobresaltó en un primer momento, pues lógicamente aquel sargento habría detectado en él alguna cualidad de la cual los demás debían carecer. Quiso suponer que el militar con pinta de estúpido debía haber reparado en el destello de inteligencia que hacía resplandecer apasionadamente su mirada... aunque, a decir verdad, no estaba demasiado seguro de cuáles serían sus intenciones al confinarle en uno de los camiones menos concurridos.

Estaba colocando el primer pie sobre la escalinata del vehículo cuando se dio cuenta de que en uno de los laterales de la lona que cubría el camión lucía el símbolo del ejército porculista. Por alguna razón que desconocía, Adolf Hitler iba a combatir en el bando de los porculetarios; el peligro era inminente, pues sería un completo intruso en territorio comanche. En cuanto el camión hubo arrancado se había distribuido ya a todos los presos, así que el sargento dio la señal para que la flota se pusiera en marcha hacia sus diferentes destinos. Hitler tomó asiento frente a tres tíos más –a cada cual más raro, porque iban disfrazados de folclóricas– y trató de permanecer con la mirada puesta fijamente en el suelo durante todo el trayecto para no dar pie a que alguno de ellos se tomase la confianza de dirigirle la palabra. Estaba aterrado pensando que probablemente tendría que sobrevivir en medio de una piara indómita de sodomitas. Con ambos codos apoyados sobre sus rodillas se aguantaba la cabeza, lamentándose... su vida había sido siempre una completa mierda pese a que todavía albergaba la esperanza de poder fugarse del pelotón e instalarse en Berlín junto con los demás artistas bohemios que lograsen escapar de las crueles injusticias de la guerra.

El traqueteo incesante del furgón acrecentaba su nerviosismo, así que pensó en sacar su cuaderno de notas y ponerse a leer por tal de distraerse un poco. Su cuaderno de notas, el objeto más preciado del que dispuso durante sus días en la cárcel, era un pequeño libro en blanco forrado con cubierta de piel de somalí donde Adolf escribía todo aquello que le parecía que sería importante recordar en el futuro; una especie de compendio que a él le gustaba denominar “Momentos de lucidez introspectiva”. Abrió el cuaderno por una página cualquiera y comenzó a leer.

Negras nubes de tormenta colmaron el cielo apagando el sol. El viento rugía hasta el punto en que conseguía ensordecer cualquier atisbo de voz salvo el estallido demencial del trueno. De rodillas frente al acantilado se desplomó sobre sus brazos, derrumbándose debido al peso de su gran frustración. Ni siquiera cayó en la cuenta de lamentarse cuando, al apoyar las manos contra el suelo, se rasgó la piel salvajemente con la grava. Miró al abismo sollozando y lanzó un grito hacia el Hades... lo maldijo, y desesperado le preguntó:

—Y ahora qué ¿eh? ¿Cuál será el sentido de mi vida ahora? —Se dobló agotado ante la inmensidad y dispuso una inerme reverencia.

—Disfrutar de ella —Clamó una sosegada voz celestial que consumió al acto el resto de tan tempestuoso estruendo.

—Y entonces... —se lamentó entre barboteos— ¿Por qué aún no la estoy disfrutando? »

Hitler estaba sumergido en la lectura cuando el furgón se detuvo bruscamente y su cuaderno cayó al suelo. Habían llegado a un campamento. De pronto se estremeció; sintió un frío terrible recorriéndole todo el cuerpo, como si le hubiesen puesto una gabardina empapada por encima. Fuera se escuchaban intermitentes tiroteos y alguna que otra explosión lejana. Temía morir... pero más temía que pudieran petarle el ojaldre en su propia trinchera.

* * *

A buen entendedor... ¡Patada en los cojones!

Decía el filósofo y escritor romano Séneca que ‘No hay ningún viento favorable para el que no sabe a qué puerto se dirige’ y, a decir verdad, así era como se sentía entonces Adolf Hitler; perdido y confuso. Lo único que sabía a ciencia cierta era que no le gustaba trabajar, y que lo de instalarse en Berlín para convertirse en un pintor bohemio resultaba ser un sueño prácticamente inalcanzable. Siendo soldado de artillería tenía muchas probabilidades de caer abatido en el frente, pero en aquella aciaga etapa de su vida no le importaba demasiado morir. Mientras bajaba del camión y exploraba el campamento reflexionó sobre ello, se convenció a sí mismo de que si el desenlace de la guerra le era favorable vendría a significar algo así como que una señal divina le hacía saber que la diosa fortuna estaría siempre de su lado. Se prometió que, si conseguía salir vivo de la contienda, lucharía por alcanzar su verdadero sueño de ser artista.

Desde luego, aquel debía ser el campamento militar más extravagante que Adolf hubiese podido conocer en toda su vida. Las tiendas de campaña eran de colores vivos y llamativos, justo lo contrario de lo que debería tenerse en cuenta si lo que se pretendía era el camuflaje. Una de las tiendas era roja con lunares blancos, como si la hubiesen confeccionado utilizando la misma tela con la que se hacen los trajes de faralaes; a su lado había otra del mismo tamaño, aunque de un estridente color rosa fucsia, y justo detrás había otra más, blanca, que lucía un estampado con ositos de peluche y globos rojos. Poco menos podía decirse del regimiento que lo regentaba; los soldados vestían trajes pardos extremadamente ajustados, suntuosas botas de piel que les llegaban por debajo de las rodillas, floreadas pashminas de cachemir color pastel atadas al cuello y cascos que estaban guardados con claveles rosas y blancos. Para ser una estampa bélica, pen-

saba Hitler, ésta resultaba de lo más ridícula; una auténtica espantajería estrafalaria.

– ¡Buenas tardes, mein kameraden! –Escuchó pronunciar a sus espaldas a la misma vez que sentía cómo alguien le sacudía un cachetazo en la nalga con toda la mano abierta–. ¿Vienes del batallón Norfolk?

– ¡Sí! Em... bueno, no.... –gorjeó Adolf dándose la vuelta apresuradamente–. En realidad vengo del cuartel de Landsberg.

– ¿De Landsberg? Vaya, no sabía que hubiese ningún cuartel en esa demarcación...

–Ya, bueno... En realidad no porque, vaya, porque es que... ¡Es un cuartel bastante nuevo! ¡De hecho creo que ni siquiera lo tienen terminado del todo! Porque, ya sabes... ¿no? Tenían problemas con las escrituras del terreno... Y luego tenía que venir también el fontanero a desatascar no sé qué del conducto de la general...

– ¡Vamos hombre! ¿Me tomas el pelo? –Le interrumpió el soldado homosexual en plan inquisitivo; Hitler temió haberse delatado siendo tan lenguaraz y comenzaban a subírsele los colores.

–No, yo... De verdad, aún falta que le pongan las bombillas...

– ¡Ja ja ja! ¡Anda muchacho, que no hace falta que me des tantas explicaciones! –Le declaró divertido–. ¡Bienvenido al campamento Fóllister! ¡Ahora eres uno de los nuestros!

–Esto, em... Sí, gracias camarada.

–Tú y tus compañeros podéis instalar vuestra tienda ahí, junto con las demás. Tenéis la carpa y los mástiles en el furgón... si necesitáis más piquetas pídeselas a Heinrich.

–Entendido, muchas gracias por todo.

– ¡No tienes por qué coño dárme las, joder! Los camaradas estamos aquí para ayudarnos ¿Entiendes? Luchamos del mismo lado. ¡Venga, nos vemos en la reunión de esta noche!

Después de propinarle una palmadita en el hombro y dedicarle una espléndida sonrisa de satisfacción, el soldado –que por sus galones debía ser soldado de primera o cabo– se retiró y Adolf regresaba al furgón para ver si allí podía encontrar los materiales que le hacían falta; decidió que les seguiría el rollo a los porculetarios hasta que cayera la noche. De madrugada intentaría escapar.

–Está haciendo mucho calor esta semana –Comentaba uno de los tres reclutas que habían comenzado a descargar el camión procedente de la prisión de Landsberg. Hitler les reconocía, eran los mismos que le acompañaron durante el viaje. Los del traje de folclórica.

–Ya te digo, nano –Le contestaba otro–. Yo me voy a quitar la camiseta pero ya, que si no voy a sudar el sarampión.

–Hola, em... –Se presentó Adolf–, me llamo Adolf y... y creo que voy a ser vuestro compañero.

–Ah, sí –Afirmó uno de ellos con cierto aire de extrañeza, casi podría decirse que con desdén–. Eres el tío raro que ha venido con nosotros leyendo un libro durante todo el camino ¿No?

En ese momento las alarmas se le dispararon. Leer, escribir, pintar e incluso comunicarse con los demás utilizando un lenguaje demasiado rebuscado o petulante le había reportado siempre infinidad de problemas. La gente común, por lo general, aborrece a los eruditos. Adolf Hitler había aprendido a esconder su faceta intelectual por tal de encajar entre sus semejantes... pese a que muy pocas veces llegase a conseguirlo. Una vez más se sintió acorralado, así que optó por negar que estuviese leyendo.

–No, qué va... si no estaba leyendo –Argumentaba Hitler–. En realidad estaba haciendo ver que leía para... em... para no tener que hablar con nadie.

– ¿Ah sí? ¡Vaya! ¡Ja ja ja! Te entiendo perfectamente, a mí también me da tope de palo tener que ponerme a hablar con la peña sólo por compromiso.

–Es verdad –Añadía el recluta que tenía más pinta de maricón mientras se llevaba la mano al pecho como si estuviese abanicándose con ella–. A mí me cargan mogollón las conversaciones forzadas. ¿Por qué la gente tendrá que hablar SIEMPRE de cosas que a nadie le interesan?

– ¡Ay! –Intervenía el tercero suspirando– Pues porque son más aburridos que el cumpleaños de un bogavante...

A los cuatro, incluso a Hitler, les hizo gracia el comentario tan chorra que acababa de soltar el pavo aquel y se echaron todos a reír. Comenzaron a poner en común cómo se imaginaban al bogavante en su cumpleaños: con su gorrito, su espantasuegras, su tarta con una vela y rodeado de bogavantes sonrientes que se sacaban fotos con él. Con cada nueva parida que se les ocurría se partían más el rabo. A decir verdad, aquellos tipos, pese a lo excéntricos y superficiales que pudieran parecer en un primer momento, tenían un humor de lo más agradable. Contemplando la sonrisa en el resto de sus compañeros se dio cuenta de cuál era el verdadero motivo por el que se encontraba allí y no le habían confinado a luchar en el bando de los heterosexuales: Todos los reclutas del campamento Föllister llevaban bigote, incluido él.

* * *

¡CUIDADO CON EL TETO!

Decía Buda Siddharta en el siglo V antes de Cristo que ‘El único secreto de la existencia consiste en no tener miedo’ y puede que tuviese razón, porque debía ser muy sabio... lo que pasa es que tal vez Buda Siddharta nunca se encontró en la tesitura de tener que pasar la noche en un campamento militar infestado de maricones.

– ¡Muchachos, es hora de la merienda! –El sonido de una estridente corneta tocaba diana al otro lado de las tiendas de campaña mientras los reclutas acudían para reunirse bajo la gran carpa de lona que se alzaba entre el resto del campamento. Las detonaciones lejanas se habían mitigado; ahora se escuchaban muy débilmente y sólo de vez en cuando.

– ¿Qué sucede? –Preguntó Hitler dirigiéndose a un grupo de compañeros.

– ¡Que vamos a merendar! ¿Eres nuevo o algo? –Le contestaba amablemente uno de ellos. Su fular de seda estampado y sus pestañas postizas extremadamente largas, que se batían en un constante aleteo mariposeando sin cesar, le otorgaban al soldado un aspecto tan ridículo que consiguió dibujar la más burlona de las sonrisas en el rostro de Adolf; por un momento le pareció que estaba hablándole a la mismísima cerda Peggy de los teleñecos.

–Sí, bueno... Es que acabo de llegar... –Se explicaba Hitler–. Es decir... ¡Que no soy nuevo ni nada de eso! ...pero sí que es la primera vez que vengo a este campamento. Al campamento Föllister quiero decir... señor.

–Ahá. Bueno, no necesitaba tantas explicaciones pero... en fin, bienvenido al campamento Föllister. Me llamo Hess, Rudolf Hess.

–Ah, pues... ¡Encantado! –Los reclutas se dieron dos besos en sendas mejillas–. Yo me llamo Hitler, Adolf Hitler.

– ¡Vaya, qué nombre tan bonito! ¡Tiene mucha fuerza!

–Sí aunque, bueno... Hitler era el apellido de mi padre... un puto borracho de mierda que nos pegaba a mí, a mi madre y a todos mis hermanos...

– ¡Ja ja ja! ¡Anda ya, que me estás trolando!

–No, que sí... que te lo digo muy en serio.

– ¡Sí, claro! ¡Ja ja ja! ¡Vaya! ¡Veo que tú también tienes muy buen sentido del humor!

–Bueno, yo... no sé, supongo que tengo mis momentos.

– ¡Ja ja ja! Nah, en serio Adolf... ¡Se te ve que eres un cachondo total y un tío de puta madre!

De camino hacia la carpa central Adolf y su nuevo compañero mantuvieron una amistosa y entretenida charla como la que podrían tener mismamente un par de amigos que se conocen de toda la vida.

–Seguro que le caerás muy bien a nuestro cabo –Le comentaba Rudolf Hess entusiasmado.

– ¿Y quién es nuestro cabo?

–El que te engarza el culo con su rabo... ¡Pues quién coño va a ser, gilipollas! ¿No ha venido a recibirnos esta mañana el cabo?

– ¿El cabo? ¡Ah, sí! Este...el cabo. Sí, sí que le conozco. De hecho se dirigió a mí para preguntarme si pertenecía al batallón Norfolk.

– ¡Uauh! ¿En serio estuviste en el batallón Norfolk?

–Em... pues sí, sí... ¡Claro que estuve allí! ...es decir, que estuve con ellos. Con el batallón.

– ¿Lo dices en serio? –Le interrogó el soldado con cierto aire de incredulidad. Hitler era tan ingenuo que se le notaba a la legua que estaba mintiendo como un bellaco.

– Sí, claro... este... ¡Por supuesto!

–Ya... ya veo –Añadía Hess haciendo descarado uso de la ironía– ¡Vamos! Se te nota un huevo que estuviste en el batallón Norfolk....

– ¿Qué pasa? ¿Es que no me crees?

– Pues claro que no te creo, pedazo de calamidad... Es más, diría que me estás trolando.

– ¡¿Que te estoy trolando?! ¡¿Yo?! ¡Oye, de verdad me ofendes! Que yo estuve allí... ¡Vamos! ¡Eso lo sabe todo el mundo! Ya verás, pregúntale a quien quieras...

– Sí, claro. Anda, va... deja de mentir y no te perjudiques más, hombre, que luego la bola se irá haciendo más grande y al final terminarás cayéndome mal y todo... Si a mí me la pela muchísimo el que estuvieses allí o no.

– ¡Joder Rudolf! Es decir... ¡Que te hablo en serio! –La frente de Hitler comenzó a sudar; iba poniéndose más y más nervioso por momentos. Aquellos dotes de interpretación de los que siempre se había vanagloriado no le estaban sirviendo de mucho a la hora de la verdad. Era malísimo tratando de engañar a la peña.

– ¡Ja ja ja! ¡Menudo embustero de mierda estás tú hecho, bigotitos! Déjalo ya, hombre... ¡Que no pasa nada porque no estuvieses en el Norfolk! Mira, a mí no me tienes que vacilar porque aquí somos todos igual de cobardes. Ya verás, seguro que también le caerás muy bien a nuestro sargento.

– ¿Ah sí? ¿Y quién es el sargento?

– Pues... ¡El que te deja su polla para que la uses como asiento! ¡Ja ja ja! ¿Lo ves, Hitler? ¡Si se te nota a la legua que eres un piyuli del quince, joder!

– ¡Ja ja ja! Tienes razón... Soy muy malo chuleando.

– Bueno, aunque seas un puto embustero de mierda reconozco que pareces buen tío... y ¡Eh! ¡Me mola mazo tu mostacho!

– Vaya, gracias. Es la primera vez que me lo dicen... y mira que hace años que lo llevo así.

–Mira... ¿Ves a aquel pavo de allí? –Le decía Rudolf Hess señalando entre la multitud hacia donde se encontraba un pedazo de julai de metro noventa, que en lugar de pañuelo lucía una boa de plumas color lila enroscada al cuello, unas gafas de aviador y una gorra negra de cuero con tachuelas–. Pues ese es nuestro sargento. El sargento Escopeta.

– ¿De verdad se llama así? –Le preguntaba Adolf nuevamente.

–Pues no, imagino que no. Nadie sabe cómo se llama en realidad. Pero le llaman el Escopeta porque dicen que ‘culo que ve, culo que peta’.

– ¡Ja ja ja! ¡Tienes rimas para todo!

– No te rías tan alto, que aún te soltarán un cazo por pamplinas.

–Vale, vale... descuida.

– ¡Hostia! –Exclamó Rudolf cuando ambos estaban ya cerca de las mesas–. ¡Hoy toca bocadillos de salchicha!

– ¿Bocadillos?

–Ahora toca merendar, guapo –Le aclaró otro de los reclutas maricones que tenía a su derecha–. Y luego todo el pelotón se reunirá bajo el olivo para jugar al conejo de la suerte.

–Em, este... Rudolf... –Hitler interrumpió a Rudolf Hess mientras éste conversaba distendidamente con el resto del pelotón. Debían de haber unas cuarenta o cincuenta personas reunidas bajo la carpa–. ¿Tú sabes qué es eso del conejo de la suerte?

– ¡Joder Hitler, colega! –Exclamó volviéndose con brucedad–. ¡Desde luego, mira que eres plomizo!

– ¡Hostia Rudolf, yo que sé! ...es que soy nuevo, ya sabes...

– ¿Qué coño te pasa ahora?

–Nada que... ¡Es que no sé lo que es eso del conejo de la suerte!

– ¿Que no sabes lo que es el conejo de la suerte?

– No, no lo sé.

– ¿Pero es que tú no has tenido infancia o a ti qué coño te pasa?

– ¡Y yo qué coño sé lo que es eso del conejo!

– Pues mira, el conejo de la suerte es... ¡Que me chupes el ojete!
¡Ja ja ja! –Su nueva ocurrencia fue poco menos que patética y los soldados con los que estaba charlando Rudolf apenas esgrimieron una leve sonrisa bajo el bigote. Como era de esperar, a Adolf no le hizo ninguna gracia y se le agrió la expresión del rostro.

– Joder Rudolf. Este ha sido ya un poco cogido con pinzas ¿no? –
Protestaba Adolf Hitler.

– Joder, bueno... ya sabes. Es que se me acaba de ocurrir –Le confesó Hess desentendido–. Mira macho, que ya sé que te caigo bien y todo eso pero... ¿Por qué no te vas a medrar por ahí e intentas socializarte un poco? Habla con los demás, hostia, haz como hago yo...

– Bueno, vale... ¡Hostias, qué rancio!

Adolf Hitler se abrió paso entre los moñigos hasta llegar a la mesa de los bocadillos. Una vez allí echó un vistazo a lo que había y poco después terminó decantándose por un panecillo de fiambre con margarina; tampoco tenía mucha hambre. A su alrededor, los porculetarios y los maricones no dejaban de parlotear... sin embargo, haciendo caso omiso al consejo que le brindó Rudolf Hess, Hitler prefirió continuar absorto en sus propios pensamientos para no tener que relacionarse con nadie. La muchedumbre siempre le había abrumado. De pronto, y sin venir a cuento, comenzó a escuchar un potente silbido que provenía del interior de su oído derecho, como si fuese el pitorro de una olla exprés despidiendo vapor en plena ebullición. Adolf Hitler se percató de que, aunque podía haberle sucedido anteriormente, era la primera vez que prestaba plena atención a un suceso tan singular como ese; de hecho, no recordaba haber escuchado nunca a sus tímpanos silbar de aquella manera tan estridente... así que esperó a ver por cuánto tiempo se prolongaba el pitido sin mitigarse

y éste persistió durante unos pocos segundos más. Lo cierto es que era muy intenso.

– ¡Hey, Hitler! –Le requería uno de aquellos espantajosos maricas levantando el brazo en alto para llamarle la atención–. ¡Vente al olivo, corre, que vamos a empezar a jugar!

– ¡Estoy comiendo! –Se disculpó Hitler despertando de su ensoñación y contestándole con la boca llena–. ¡No te preocupes, que en seguida voy!

Obviamente, Adolf no tenía ninguna intención de ponerse a jugar con los demás, era perfectamente consciente que desde niño siempre le había costado mucho relacionarse con el resto de sus compañeros. Él estaba acostumbrado a ser lo que se dice un lobo solitario y, la verdad, tanta amabilidad le seguía incomodando. Poco antes de terminar con su bocadillo se acercó hasta uno de los soldados que andaba llenándoles los vasos a los demás con Fanta naranja. Tenía mucha sed.

– ¿Me puedes poner un poco de Fanta, por favor? –Le preguntó él sin dejar de masticar su panecillo.

– ¡Claro, camarada! –Le respondió el soldado jovialmente–. ¿Tú debes de ser nuevo, no? ¡Pues bienvenido al campamento Fóllister!

–Vaya, muchas gracias... sois todos muy amables.

El resto de los reclutas no dejaban de observarle con pecaminosa curiosidad desde que el tío que servía la Fanta reveló que Hitler acababa de incorporarse al regimiento. Él por su parte se sintió nuevamente intimidado, así que optó por salir de la carpa, alejándose de la algarabía y el gentío. Estaba dando un largo trago para apurar lo que le quedaba en el vaso de plástico cuando se dio cuenta de que, organizados en un gran corro, sentados en el suelo y canturreando mientras se cogían de las manos con las palmas hacia arriba, los por-

culetarios jugaban a un juego que por lo visto les estaba haciendo pasar un buen rato.

– ¡Eh! –Advirtió uno de ellos–. ¡Va a venir a jugar con nosotros uno de los nuevos!

–Hola... –Se presentó Hitler con discreción–. Me llamo Adolf.

– ¡Hola Adolf! –Se apresuró a contestarle otro que iba maquillado con exageración en plan Marlene Dietrich–. Estamos jugando al conejo de la suerte... ¿Quieres jugar con nosotros?

–Em, es que... Es que no sé cómo se juega. En todo caso seguid jugando vosotros, que yo os miro y si eso luego ya me incorporo.

Se hizo un silencio general. Lo único que se podía escuchar durante aquel dilatado instante fueron los estallidos lejanos propios del campo de batalla, pero a nadie de los que estaban allí parecía importarles demasiado.

– ¡Jo, qué aburrido es el nuevo! –Le reprochó finalmente uno de ellos–. Anda va, vente... Si ya verás que luego te gusta...

– ¡Bueeno, vaale! –Aceptó Adolf con aire de resignación. Todos parecieron tan entusiasmados con su respuesta que en cuanto Hitler tomó asiento en el suelo los soldados le dedicaron una calurosa ovación, lanzándole claveles y aplaudiéndole desmesuradamente.

– ¡Hombre! –Se exclamaba Rudolf Hess justo cuando aparecía por allí–. Veo que por fin comienzas a integrarte.

–Sí, bueno... la verdad es que aún me da un poco de vergüenza – Los soldados se echaron a reír, pero por una vez no lo hacían a su costa sino que estaban riéndose con su comentario desmedidamente honesto. Hitler parecía encajar a la perfección entre aquel batallón de desatinados bujarrones, cosa que en principio le entusiasmó... pero que a su misma vez también le descolocaba.

–Tú escucha bien y apréndete la canción –Le sugería Rudolf–. A la próxima ya te sentarás en el corro junto con los demás.

– ¡Venga, vamos allá! –Exclamó el sargento Escopeta– ¡Vamos Hitler, canta con nosotros!

Uno por uno los reclutas iban palmeándose las manos sucesivamente, como si de un hilo conductor se tratase, mientras cantaban esta canción:

“El conejo de la suerte, ha salido esta mañana, a la hora de partir.
Rumbo hacia aquí, haciendo reverencias, con cara de indecencia.
Tu besarás, el culo del marica, que-te, gus-te... ¡más!”

Entonces la tonadilla se detenía y el último en recibir la palmada en la mano era quién debía besar el culo del marica que le gustase más... o por lo menos esa parecía ser la única finalidad del juego. Esta vez le había tocado a un tal Heinrich ser el pringado que besaría el culo de alguno de sus camaradas.

– ¡Vamos Heinrich! ¡Ánimo! –Le incitaban a pleno pulmón–. ¡Bésame el culo a mí, que acabo de soltar un tordo!

– ¡No les hagas caso! ¡Bésamelo a mí, Himmler! –Protestaba otro–. ¡Bésamelo a mí que yo me lavo con jabón de avena! ¡Ja ja ja!

Total, que uno por uno todos los maricones se dieron la vuelta, se desabrocharon los pantalones, luego se bajaron también los calzoncillos y pronto se formó un corro de bullates en derredor de Heinrich Himmler. La imagen turbó a Adolf, pues nunca antes había visto tal cantidad de varoniles culos blancos puestos en pompa. Ciertamente, la estampa resultaba de lo más degradante, turbadora y ofensiva.

– ¡Cerrad bien los ojos! ¡No vayáis a hacerme trampas! –Les exigía Heinrich mientras los reclutas no paraban de reír.

Heinrich, que previamente había hecho su elección como el que elige el mejor melocotón de entre todos los que hay en la frutería, se disponía a besar uno de los culos más prominentes que emergía dentro del corro mientras observaba libidinosamente a Hitler, quien andaba cubriéndose los ojos con una mano por tal de no ver lo que es-

taba a punto de ocurrir. Después de que hubiese transcurrido un tiempo prudencial, Adolf separó un poco los dedos para comprobar que todo hubiese terminado... cuando de pronto se encontró con Himmler guiñándole un ojo a la vez que sujetaba con sus manitas de maricón las orondas nalgas del culo de Rudolf Hess; luego le sonrió, y finalmente, después de que Rudolf lanzase un ensordecedor bramido, Himmler besó su gordo culo y todos comenzaron a partirse la caja. Aquello parecía un puto manicomio.

– ¡BRU-UUU-UUURGS! –Vociferó Rudolf con un estentóreo alarido que recordaba al balar de un carnero.

– ¡JA JA JA JA! –Reían los maricones y luego, canturreando como cotorras, se pusieron a declarar-. ¡A Himmler le gusta Ru-dolf! ¡A Himmler le gusta Ru-dolf!

– ¡Yo ya estoy aburrido de este juego! –Confesaba Heinrich hastiado-. ¿Por qué no nos dejamos de hostias y jugamos al teto?

– ¡Eso! ¡Juguemos al teto! –Le respondían con entusiasmo el resto de maricones.

–Este... Rudolf... –Hitler se acercó hasta donde se encontraba Rudolf Hess, que seguía postrado de rodillas y con el culo al aire, para preguntarle algo al oído-. ¿De qué va eso del teto?

– Joder Hitler... ¿De verdad que tampoco sabes lo que es el teto?

–Pues no, hostia... tampoco lo sé.

–Pues mira, el teto va... ¡Va de que tú te agachas y yo te la meto!

–Ja ja ja... ¡Vamos hombre, basta ya de bromas!

Rudolf Hess le sostenía la mirada mientras esgrimía una de sus sonrisas más maliciosas. Daba auténtico pavor. El culo de Hitler debió gritar pidiendo auxilio en cuanto advirtió horrorizado cómo varios de los soldados se habían incorporado ya para comenzar a darles por el culo al resto de sus compañeros que permanecían aún a cuatro patas.

– ¿Así que dices que nunca has jugado al teto?

– ¡Ni se te ocurra ponerme una mano encima! ¡Mira que te lo advierto! –Le amenazaba Hitler justo en el momento en que dos robustos reclutas con tanga de leopardo y embadurnados en aceite le sujetaron por sendos brazos. Rudolf Hess aprovechó la confusión para bajarle delicadamente los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos.

– ¡AAAAAH! ¡AAAAAAAAAH! –Graznaba Hitler como si fuese una garza–. ¡Soltadme maricones! ¡Hijos de la gran putaaa!

Rudolf Hess agarró fuertemente a Hitler por la nuca, después lo colocó a cuatro patas sobre el césped y luego le arreó un sonoro bofetón que le dejó sordo de un tímpano.

– ¡AAAAAH! ¡AAAAAAAAAH! –Ya no había escapatoria posible. Por mucho que forcejeó, Hitler era incapaz de liberarse de sus captores. Todo había terminado para él; estaban a punto de desgarrarle el recto tal como si trataran de meter un bate de béisbol por la funda de un salchichón. Eso le pasaba por juntarse con maricones... ¡Mira que no se lo advirtió veces su pobre madre!

Agotado por la tensión y el sobreesfuerzo, Adolf aguardaba resignado a recibir el más infernal de los tormentos. La sangre se le congeló mientras escuchaba crepitar la cremallera de los pantalones de Rudolf al bajarse. Poco después, la polla flácida del asqueroso porculetario estaba enterrándose ya entre sus frías y blanquecinas nalgas.

– ¡NOOOO! ¡NOOOOOOOO! ¡SOCORROOOOOOOOOO! ¡AAAAAH! ¡AAAAAAAAAAAAAH! –Lo único que Hitler podía hacer por su vida era gritar pidiendo auxilio, aunque sabía perfectamente que en aquel campo de maricones no habría nadie con el suficiente valor como para venir a rescatarle.

– ¡Shhhht! ¡Cállate ya, pedazo de gilipollas! –Le susurraba Hess

entre jadeos mientras le iba embistiendo—. ¡Que yo no soy maricón!

– ¡NO, QUÉ VA! ¡SI YA LO VEO!

– ¡Disimula, tontolnabo! –Insistía—. ¿No ves que no te la estoy clavando de verdad? Tú sigue gritando así, como si te doliese un huevo... ¡Vamos, hombre! ¡Enfatiza un poco!

– ¡AAAAAAAAAAAAAAAAAH! ¡Me duele el orgullooo! –Proclamaba lastimosamente Hitler. Los huevacos blandos de Rudolf Hess repiqueteaban rozándose suave y asquerosamente contra los suyos.

–Si quieres escapar con vida de este campo de maricones tendrás que hacer lo que nosotros te digamos –Le iba musitando durante el machacante cabalgueo—. Descuida, que al final vas a tener más suerte de la que tú te crees...

* * *

A quien madruga... ¡Patada en los cojones!

¡Ah, el atardecer tropical! Con palmeras que se esconden tras las sombras del alba. El mar en calma, augura un baño en aguas confortables y templadas. Casi podía sentir la arena acariciándome suavemente los pies; ésta estaba aún caliente después de todo el día bajo el sol... Y el sol, se exprimía sobre una ladera lejana para ofrecer sus últimos rayos color carmesí allí donde debe terminar la playa, aunque no alcanzase a ver el horizonte.

Menuda paz. Apenas se escucha el sacudir del viento contra las hojas de palma. La leve brisa que hace revolotear tus cabellos es cálida y muy suave. Me imagino ahí contigo, tomándome un cóctel, de esos que son dulces y ácidos al mismo tiempo, sentados frente a una mesa de madera de las que se tallan con el mismo amor con que se esculpe una escultura. Tú estás a mi lado, también has traído la arena de la playa en tus pies. Luces un pareo azul, verde y amarillo sobre un bikini estampado con flores que todavía está húmedo puesto que no ha terminado de secarse del todo. El embriagador perfume a sal que emana todo tu cuerpo bronceado te hace irresistible. Lo tenemos todo: la sal en la piel, el sabor dulce y ácido en los labios, una tarde tranquila... y una paz que invita a que nos relajemos. Lo hemos pasado bien ¿verdad? Es una lástima que ahora el viento comience a soplar, moviendo las palmas que antes estaban todas en calma. No te preocupes, que no se me enfría el corazón. Nos deslumbramos con sendas sonrisas en el reflejo de unas gafas de sol, empañadas aún por el agua marina; debimos habérmolas quitado mientras nos bañábamos... ¿Recuerdas cómo te abrazaba cuando las olas del mar nos llegaban por la cintura? Entonces tenías frío en los hombros y yo lo aplaqué con el calor de mi cuerpo. Luego vimos ponerse el sol, como dos idiotas completamente enamorados.

Si me miras ahora, probablemente te besaré. Y será el sol, testigo de cuanta belleza existe bajo su áureo mundo de corazones calientes.

Los musculosos brazos de Adolf Hitler abrazaron con arrebatadora pasión a la escultural mulata por la espalda; fue entonces cuando comenzó a sentir una cálida y descomunal erección despertando bajo la redecilla de su bañador. La hermosa cabellera azabache de la muchacha acariciaba suavemente el pecho y los hombros del encendido Hitler mientras él aprovechó para recostar su rostro contra los delicados bucles, embriagándose todavía más con la seductora fragancia de aquel éxtasis sexual que olía como a champú de sabrosas manzanas verdes. Su polla, dura como un obelisco, se enterraba cómodamente entre los afectuosos y acogedores cachetes de la chica carioca. Ella se estremeció y, tras exhalar un excitante suspiro de gozo, él la abrazó aún más fuerte. El extremo de su pétreo y rígido miembro resbaló por el bikini abriéndose camino entre las firmes y contorneadas piernas de ella; poco a poco fue deslizándose desde su turgente culo hacia el frondoso comienzo de aquel ardiente túnel del amor. Hitler no podía más, estaba completamente fuera de sí; con la habilidad de un verdadero bailarín hizo girar a su voluptuosa amante hasta que ambos se encontraron frente a frente, enlazando su desnudez en un tierno abrazo. Hitler se acuclilló para poder acariciar con sus propias mejillas las suaves y mullidas tetas de aquella soberbia y portentosa mujer. Al enterrar su cara contra el acolchado pecho de la joven muchacha no pudo sino jadear desde lo más hondo, esbozando una sonrisa de auténtica satisfacción. Nunca en la vida se había sentido tan feliz... por lo que, sin que ni él mismo pudiese hacer nada para evitarlo, se echó a reír como un idiota.

...

– ¡Ja ja ja! –Reía Hitler.

– ¡JA JA JA JA! –Una contagiosa carcajada retumbaba desde lo más profundo de su subconsciente.

– ¡Ja ja ja ja ja! –Continuó riendo Hitler sin poder parar.

– ¡JA JA JA JA JA JA! –La carcajada ciclópea tronaba cada vez más fuerte, saturando sobre el resto de sonidos que pudiesen escucharse en el ambiente.

– ¡Papi, dame un besito! –Le decía la descomunal maciza con una voz extrañamente pitufada.

Sin pensárselo dos veces, Adolf Hitler se dirigía ahora hacia sus labios para poder besarlos; toda ella emanaba el intenso aroma del sudor de mujer y del sexo. Tras unos instantes en los que Adolf pudo beber amor directamente de su boca, el cuerpo de la muchacha se volvió liviano... y el abrazo que los aunaba, etéreo. Más que si hubiesen sido unos labios, Adolf tenía la sensación de haber estado besando una cereza... pero no una cereza cualquiera, sino una cereza con sabor a marisco; más concretamente, con sabor a gamba salada. Perplejo y estupefacto, Hitler abrió los ojos para coincidir de nuevo con la seductora mirada de su amante... aunque en lugar de eso se encontró contemplando unos cojones peludos que estaban colgando, como mucho, a medio palmo de su cara.

– ¡AAAAAAAAAAAAHRJ! ¡HIJOS DE PUTAAA! –Exclamó aterrado.

– ¡JA JA JA JA JA JA! –La carcajada, que anteriormente se escuchaba en la lejanía interior de su psique, comenzaba ahora a amplificarse gradualmente hasta que consiguió devolverle de vuelta a la más miserable realidad. Hitler se dio cuenta entonces de que todo había sido un sueño. Al despertar regresó a la oscura tienda de campaña, dentro de aquella absurda pesadilla que era su propia existencia.

– ¡¿PERO QUÉ COJONES SE SUPONE QUE ESTABAIS HACIENDO?! ¡PEDAZO DE HIJOS DE LA GRAN PUTAA! –Les gritó volteándose agresivamente.

Heinrich, desnudo de cintura para abajo, todavía andaba partiéndose el rabo después de haberse sentado encima de su cara, colocando aquellos sucios y flácidos testículos sobre los párpados de Adolf Hitler.

– ¡Ja ja ja! No te cabrees, hombre... si sólo te hemos gastado una bromita –A sus pies, Rudolf Hess sonreía divertido mientras iluminaba toda la tienda enfocándole con el flash de su teléfono móvil.

– ¡PERO QUÉ COÑO BROMITA NI QUÉ NIÑO MUERTO, CABRONES! ¡¿ME HABEIS SACADO UNA FOTO CON LA POLLA EN TODA LA CARA?!

– ¡Ja ja ja! Pues yo no lo hubiese dicho así, pero vamos, lo que es seguro es que te han sacado fotos con una nariz que no es la tuya – Reía Heinrich a la vez que se subía los calzoncillos–.Venga, va... ¡Ríete un poco, hombre! Si sólo era una bromilla.

– ¡Menudos hijos de la gran puta que son! –Añadía un tercero–. Que sepas que los muy cabrones te estaban haciendo un Mortadelo.

– ¡Ja ja ja! ¡Joder Goebbels! ¡Pero mira que llegas a ser chota, cabrón! –Le acusaba Rudolf Hess.

– ¡¿PERO SE PUEDE SABER DE QUÉ COÑO VAIS, PUTAS DE MIERDA?!

–Vamos va, no te pongas así –Continuaba Heinrich Himmler tratando de hacerle entrar en razón–. Que no ha sido para tanto... además, dile a Rudolf que te enseñe la foto... ¡Te partes la polla! ¡Pareces un submarinista!

Hitler, encolerizado, le arrebató el móvil de las manos a su compañero y pudo comprobar cómo, en la foto que le acababan de hacer, aparecía él con la polla y los huevos de Himmler colgando sobre su cara. Los huevos se los habían puesto a modo de gafas, y pretendían que la polla le hiciese de nariz... pero en la imagen Adolf estaba chupando el prepucio tal como si éste fuese el tubo de una máscara de buceo. Lo cierto es que sí parecía un submarinista.

– ¡PERO DE QUÉ COÑO VAIS! ¡ME CAGO EN VUESTRAS PUTAS MADRES! ¡VOY A MATAROS A LOS TRES, CABRONEEEES! –Hitler se puso en pie de un salto y arrancó de cuajo las piquetas que sujetaban la tienda de campaña.

– ¡Sujetadle! –Ordenó Rudolf Hess, y acto seguido Heinrich y el otro pavo se abalanzaron sobre Hitler para sujetarlo. Esta vez no les resultaría tan sencillo pues Adolf estaba tan hasta los huevos de que todo el mundo le pasase la polla por la cara, física y literalmente, que, sin saber ni cómo lo hizo, sacó de lo más profundo de su ser una descomunal fuerza de destrucción que arrollaría a sus camaradas como si una enorme viga de acero y hormigón estuviese golpeando una gran campana. A Heinrich le cayó un hostión directo en todos los morros. Goebbels se llevó un violento patadón en sendos cojones.

– ¡¿QUIÉN QUIERE MÁS?! –Gritó Hitler bramando exacerbado. Puede que incluso el álter ego de Bruce Banner se hubiese achantado ante un arrebato de cólera tan brutal.

– ¡AAAGH! ¡CABRÓN! ¡PERO SI YO NO TE HE HECHO NADA! – Exclamaba Goebbels agarrándose las pelotas con sendas manos y retorciéndose de dolor en el suelo.

–Cálmate Hitler... –Le sugería Rudolf extendiendo los brazos hacia él en tono afable y conciliador-. Verás, siento de veras lo de la broma... Eres justo lo que estábamos buscando.

* * *

FOLLADA RELÁMPAGO¹

Tras refrenar su repentino impulso homicida apaciguándolo con chistes de Lepe, los compañeros de Adolf Hitler se sinceraron con él en lo que podría considerarse la primera reunión clandestina del partido político que tiempo después terminarían fundando. Adolf Hitler, Rudolf Hess, Joseph Goebbels y Heinrich Himmler, al cobijo de la tienda de campaña y reunidos en torno a la lámpara de camping gas, discutieron distendidamente sobre su situación y los principales temas de la actualidad del momento.

–Como te decía, nosotros no somos maricones. Ninguno de los tres lo somos... –Exponía Rudolf Hess, tratando de mantener un tono de coherencia constante en su argumentación.

– ¡Pues para no ser maricones estáis muy bien integrados en este batallón de petaculos de mierda! –Le rebatía Hitler.

–Es sólo una pose hombre –Intervenía Himmler levantándose el bigote con los dedos para mostrarle que éste estaba pegado como un apósito o una tirita–. ¿Ves? Nuestros bigotes son de mentira. Tan sólo estamos tratando de sobrevivir aquí dentro.

–Ya, pero... ¡¿A esta mierda la llamáis sobrevivir?! ¡Esto es una puta fulaña! –Proseguía Adolf Hitler completamente indignado–. Estáis aquí, conviviendo entre ellos como las ratas, y ni siquiera se os remueve la conciencia... ¿Cómo es posible? Es decir... ¡Joder! ¡¿Qué pasa con vuestros compañeros?! ¡¿O con la causa?! Os pasáis el día maquillándoos como prostitutas baratas, con esas pintas de maricón de urinarios que dais más miedo que otra cosa... ¡¿Dónde están vuestros valores?! ¡¿Dónde están vuestros ideales?!

–Mira pavo... –Refutaba ahora Goebbels, verdaderamente fastidiado y con cara de estar hasta los mismísimos cojones de la actitud idealista de Hitler–. Ya te hemos dicho que nosotros NO somos maricones. No me vengas tú a dar clases de moralidad y de principios porque a mis treinta años estoy más petao que una sandalia y sé

¹ *En el original "Blitzkrieg fuck"*

muy bien de lo que hablo... no como tú, que eres un ridículo y que encima no sé ni quién coño te crees que eres.

– ¡Shhht! ¡Calma, joder! ¡No me lo pongas más nervioso! –Le exigía Rudolf a Joseph Goebbels.

HITLER: ¡Si luchas en el bando de los maricones es porque tú también eres un puto maricón!

GOEBBELS: Mira chaval... toda esa mierda en la que tú crees me la paso yo por el forro de los cojones.

HIMMLER: Trata de ser razonable, Adolf. Ya ves, nos hacemos pasar por maricas, sí... pero es precisamente para impedir que nos em-petaquen.

HITLER: ¡Pero si lleváis unas pintas de maricones que dan ganas de reventaros el culo con una lanza!

GOEBBELS: Esto no va a funcionar, mira que te lo dije... –Le reprochaba dirigiéndose nuevamente a Rudolf Hess.

HESS: Mira Hitler, escúchame con atención... esto no es como en la tele ¿vale? Esto es una puta guerra, joder. La guerra es la jungla y aquí sólo prevalece la ley del más fuerte... por eso, en este caso, es mejor no ponerse del lado de los débiles; en este caso lo mejor es ser león y no gacela.

HITLER: ¡Pero qué coño gacelas! ¡Nosotros somos los leones! En todo caso las gacelas serían ellos que son unos moñigos... ¡¿No veis que estáis completamente equivocados?! ¡Lo que tendríamos que hacer es luchar por nuestro bando, joder!

GOEBBELS: Ya, mira quién fue a hablar... El desertor de los cojones.

HITLER: ¡¿Cómo dices?!

GOEBBELS: ¡No me vaciles, niñato! ¡Lo sabemos todo! Te hemos escuchado hablar en sueños y no hacías más que repetir que planeabas una fuga para darte el piro a Berlín.

HIMMLER: Es verdad, y no trates de negarlo. Todos lo hemos oído perfectamente, así que no vengas con tu hetero-patriotismo barato a comernos la olla porque ya sabemos que a ti los ideales también te la sudan cacho.

HITLER: Ahora mismo me siento como un negro montado a caballo, con una túnica del kuklux klan, ondeando la bandera de los estados del sur y soltando mandoblazos a diestro y siniestro con mi sable contra otros negros que estaban recogiendo algodón tranquilamente.

HESS: Desde luego, menuda imaginación que tienes... Mira Hitler, nosotros también nos sentimos así, te lo aseguro. Pero como te decía, esto es la jungla y si queremos sobrevivir es mejor estar del lado de los leones. Actualmente los heterosexuales no tenemos ninguna posibilidad.

HIMMLER: Rudolf Hess tiene toda la razón. Lo hemos visto con nuestros propios ojos. Son un ejército indestructible.

GOEBBELS: Cuatro mil doscientas cabezas de efectivos militares contra cincuenta hombres de los suyos. A la mañana siguiente sólo quedaban cuatro mil doscientos cincuenta maricones sobre el campo de batalla.

HITLER: Pero... ¿cómo es posible?

HESS: No son humanos... de eso no nos cabe ninguna duda. Durante el tiempo que llevamos infiltrados entre ellos hemos podido recopilar un valioso compendio de información acerca de su historia, sus hábitos y sus costumbres.

HIMMLER: Son invencibles, acribillarles con nuestra munición no sirve para nada. La única forma de deshacerse de ellos es haciéndoles estallar en mil pedazos con dinamita o goma dos.

GOEBBELS: Yo le reventé el cráneo a uno con un trofeo de pesca y el colega ni se inmutó, por eso acabé en la cárcel y por eso estoy hoy aquí. Suerte que conocí a Rudolf... fue a él a quien se le ocurrió la idea de hacernos pasar por maricones.

HIMMLER: A mí me metieron en el maco por violar a una vagabunda con escorbuto.

HESS: Y a mí me cayeron treinta años en Landsberg por un delito que no había cometido. Fue un homicidio involuntario en toda regla.

HITLER: ¿Te cargaste a algún maricón?

HESS: Qué va, estaba follando con mi parienta y, bueno... resulta que no me dijo que tenía la lepra.

GOEBBELS: Ja ja ja... Me encanta esa historia.

HESS: Durante el trote machacón yo tenía los ojos cerrados y no me di cuenta de que la pava se estaba desmigando como un bloque con aluminosis en medio de un terremoto de magnitud siete. La estaba cogiendo por el culo cuando se me quedó un trozo de nalga en la mano... pero vamos, que pensé que debía ser un relleno de esos que se ponen las tías o algo por el estilo. Ya ves. Para una vez que follo...

HITLER: Comprendo... entonces ¿Es seguro que estemos hablando aquí, a la luz del *cámping gas*?

HESS: No te preocupes, es de madrugada y ahora mismo los soldados estarán de *after*. Sólo quedan dos centinelas que guardan la entrada del campamento. No creo ni que nos estén escuchando.

HITLER: Bueno, además... tal y como vamos disfrazados tampoco levantaríamos sospecha ¿verdad?

HIMMLER: Sí, es cierto. Pero, sobre todo, debes prestar especial atención a la aerofagia.

HITLER: ¿A la *aero*-qué?

HESS: Himmler se refiere a que en su presencia debes procurar no pegarte peos. Los maricones detectan el metano como un judío detecta si hay monedas en un quilómetro a la redonda. De hecho, creemos que se alimentan de las flatulencias que expelemos... de ahí que tengan esa extraña costumbre de enfilarse a la peña por el culo.

HIMMLER: Creemos que utilizan el método de la enculada para alimentarse además de para contagiar el virus de la homosexualidad adquirida. Nosotros les llamamos, disimuladamente, los tragallufas.

HESS: Por eso nos reunimos delante del *cámping gas*... porque si a alguno de nosotros se le escapa un follo, al momento se consume.

GOEBBELS: Son lo puto peor, en serio... me dan un asco que no lo soporto. ¡Bluuurghj! Se me revuelve el estómago sólo con pensarlo.

HITLER: ¿Y por qué sois sólo vosotros tres? ¿No hay nadie más de nuestro lado en todo el campamento?

HESS: Créeme, no hay nadie más. El resto fueron todos infectados. De hecho, tal y como te comentaba antes Heinrich, creemos que existe un virus que convierte a la gente normal en homosexual.

HITLER: Ya, bueno... pero ellos combaten sin armas ¿no? Quiero decir, por suerte nuestro ejército dispone de un gran potencial en armamento.

HESS: No les va a servir de mucho. Los altos mandos homosexuales y su departamento de inteligencia desarrollaron el año pasado una nueva táctica militar que resulta infalible.

HITLER: ¿Ah sí? ¿Y en qué consiste exactamente?

HIMMLER: Verás, ellos lo llaman el *Blitzkrieg fuck*... nosotros lo conocemos por el método de la 'Follada relámpago'.

GOEBBELS: Los hijos de puta colocan un cebo: reparten una gran cantidad de monedas de veinte céntimos por todo el campo de batalla. Luego forman un círculo alrededor acechando ocultos tras los matorrales y, cuando los soldados del bando heterosexual se agachan a recoger la panoja los maricones les tienden una emboscada, cierran el círculo y los empelucan salvajemente aprovechando que el enemigo se encuentra desprevenido y con el culo en pompa.

HESS: Nosotros somos los Follikazes. Nuestra misión consiste en repartirnos estratégicamente fuera del radio de acción y, si alguno de los heterosexuales consigue escapar, debemos placarle y encularle a la vieja usanza.

HIMMLER: Eso fue lo que hicieron conmigo... por eso yo también conseguí salvar el pellejo. Gracias al cielo que tropecé con Goebbels y Hess.

HITLER: Entonces, vosotros vivís así ¿no? Es decir, que os habéis rendido del todo...

HESS: No te confundas, nosotros somos supervivientes. Tan sólo estamos esperando nuestro momento para escapar; lo mismo que tú. También hemos pensado robar el Necromaricón la misma noche de la evasión por tal de contribuir así con la causa de los nuestros. Es lo más que podemos hacer.

HITLER: ¿Qué es el Necromaricón?

GOEBBELS: ¡El que te dio por culo sin quitarse el pantalón! ¡Ja ja ja!
—Sólo se rió él, así que terminó por ahogar su risa con unas ridículas toses.

HIMMLER: El Necromaricón es el libro que recoge toda la sabiduría y la historia del bando homosexual. Habíamos pensado estudiarlo porque así tal vez podríamos encontrar algún tipo de solución contra la incontenible propagación de tan deleznable pandemia vírica.

HITLER: Comprendo... vaya pues, en realidad vuestro propósito es más noble de lo que parecía en un principio.

HESS: Pues sí, pero te voy a ser franco, lo que más me importa ahora mismo es salir de aquí con vida. Si por el camino se me escurre el dichoso libro de las manos, la verdad... Que le den por el puto culo.

HITLER: Me alegro de haber tropezado con vosotros, muchachos. A decir verdad, creo que tengo la pieza que os falta para formar el rompecabezas.

GOEBBELS: ¿Lo dices en serio?

HITLER: Sí. Totalmente en serio.

Goebbels aprovechó la intensidad de aquel instante en que Hitler le mantenía fijamente la mirada para pegarse un peaco de lo más hediondo y estrepitoso. Los cuatro se echaron a reír y Heinrich Himmler tuvo que salir de la tienda sacudiendo la densidad del cuesco con la mano porque no se aguantaba la peste.

GOEBBELS: ¡Maricóoon! –Le dijo–. ¡Quédate aquí y apechuga como un hombre!

HIMMLER: ¡Colega, qué puto asco! ¡¿Pero tú estás muerto por dentro o qué cojones te pasa?! ¡Vaya puto cerdo de mierda estás hecho!

HITLER: ¡Ja ja ja! ¡Estáis hechos polvo!

* * *

EL CLUB DE LA DUCHA

Mientras Hitler les relataba a sus compañeros la historia del perance por el cual acabó en el trullo, todos pudieron sacar la misma conclusión al respecto: Adolf Hitler tenía razón; además, acababa de brindarles la última pieza del rompecabezas. Adolf les contó cuán extrañamente se comportaba Basilio, el jefe que le había contratado para trabajar en el almacén de electrodomésticos Delhi, y todo parecía encajar a la perfección, incluso algunos detalles a los que él no había otorgado la más mínima importancia en un principio... como aquella vez que le dio por entrar de imprevisto en su despacho y le pilló echándole fotos con una cámara réflex a un niño de cinco años semidesnudo.

HITLER: Yo entré en su despacho tan normal, es decir... cada día, a media tarde, mi jefe acostumbraba a darme diez yabs para que bajase al bar del Rafa Troyano a pillarle un cubata y luego se lo llevaba. En eso que, entro allí, y me encuentro con que el pavo tenía montado una especie de estudio de fotografía clandestino. El colega estaba sacándole fotos de cuerpo entero a un niño de unos cuatro o cinco años que sólo llevaba una pequeña toalla atada a la cintura y que estaba cubriéndose los pezones con una de sus manos; como si fuese una escultura griega, vamos. El tío pegó un respingo en cuanto escuchó que la puerta se abría tras él y en un santiamén ya había escondido al chavalín bajo una sábana negra. Primero me invitó, muy cortésmente, a salir de su despacho y luego me preguntó qué estaba haciendo. Yo le dije que nada, que sólo subía a llevarle el cubata, como de costumbre. Total, que mi jefe estaba comido de los nervios y, sin que yo le pidiese la más mínima explicación, me largó quinientos pavos y me dijo que, por favor, le guardase el secreto. Por lo visto

estaba pintándole un cuadro a su mujer y aquel niño estaba allí porque necesitaba un modelo infantil en el que inspirarse para dibujar angelitos. Pues nada, que como desde el principio mi jefe siempre se había portado tan bien conmigo no le di más importancia al asunto... pero claro, luego, pensándolo detenidamente, caí en el detalle de que Basilio no estaba casado... y ni siquiera tenía parienta. Pues eso, que como me soltó el billetaco y tal pues ni me dio por pensar en ello. Nunca en la vida había tenido un billete de quinientos machacantes en la mano.

HIMMLER: Ya, yo tampoco he tenido nunca uno de esos. Sólo los he visto en el Google imágenes.

HESS: Yo sí que he tenido alguna vez billetes de quinientos, cuando fui a pagar el morterón por la entrada del piso. Me dieron la pasta en billetes de quinientos y me saqué una foto con todo el fajote en la mano.

GOEBBELS: Yo ya sé quién es el Basilio ese... fijo que es el Tulipán.

HITLER: ¿El Tulipán?

GOEBBELS: Sí, el que te dio por culo metiéndote una barra pan.

HIMMLER: ¡Ja ja ja!

HESS: El Tulipán era un pederasta archiconocido y peligrosísimo... Le llamaban el Tulipán porque iba en helicóptero, aterrizaba en medio del patio de los colegios y una vez allí se echaba una brazada de niños incautos a la saca y se los llevaba consigo para satisfacer sus instintos más repulsivos y despreciables.

HITLER: ¿Y qué tiene que ver eso con los tulipanes?

GOEBBELS: Coño, pues Tulipán... como el del anuncio.

HITLER: No sé, ni me suena.

HIMMLER: Tulipán era una marca de margarina. En los anuncios de la tele salía un tío con un helicóptero patrocinando el Tulipán... de

ahí que al tal Basilio le llamasen el Tulipán. Tú eras muy joven en aquella época, seguro que ni habrás visto el anuncio ese en tu vida.

HITLER: Pues no, la verdad... Eso sí, yo recuerdo un helicóptero de las cremas Nivea que venía hasta la playa, tiraba pelotas hinchables y luego los chavales nadaban hasta ellas para cogerlas.

GOEBBELS: Exacto, otro que tal... Manolo el Nivea. Ese era aún más listo que el Tulipán porque pillaba a los chavales desde el helicóptero con una red colgada de un garfio mientras estos estaban nadando. ¿No te fijaste nunca en las cortinillas rojas que tenía puestas en las ventanas del helicóptero?

HITLER: Qué va, cuando veraneábamos con mis padres en la Manga del Mar Menor ni yo ni ninguno de mis hermanos sabíamos nadar. El helicóptero lo veíamos siempre a lo lejos.

GOEBBELS: Pues ya te digo, tu jefe era un pederasta reconocido y lo debiste pillar con las manos en la masa, en medio de una sesión de fotos pornográficas de contrabando. Por eso te soltó los quinientos boniatos, para que tuvieses la boca cerrada.

HITLER: Seguro que fue eso... pues bien, aún no os había contado que me entalegaron por cargarme al nota ese.

HESS: ¿Acabaste en el maco por cargarte a un maricón? ¡No me lo puedo creer!

GOEBBELS: ¡Anda ya! ¡¿Y cómo lo hiciste?! ¡¿Cómo supiste que era un maricón?! Podía haberse hecho el muerto o algo...

HITLER: Hubo una vez que el cabrón de mi jefe andaba chuleándome y la cosa se calentó porque yo no dejo que nadie me vacile ni que se atrevan a tocarme las pelotas. Al final, cuando ya se me terminó la paciencia, se me fue el punto y le solté un patadón en sus santos cojones. Fue meterle el leñazo y el nota pegó un petido en plan trabuco... como si en los huevacos llevase un detonador y todo él estuviese relleno como un pavo con dinamita o algo de eso. Todo sucedió

muy deprisa, ya te digo; poco después me vino a buscar la policía militar y desde entonces estuve cumpliendo condena en la trena.

GOEBBELS: Eso es, me cago en la puta... ¡Te juro que me lo había imaginado!

HESS: Exacto, ya lo tenemos... las gónadas deben de ser el verdadero talón de Aquiles de los maricones del espacio.

Joseph Goebbels volvió a crujirse y todos se mearon de la risa. Estaban eufóricos, sabían perfectamente que acababan de llegar más lejos de lo que ningún ser humano había llegado hasta entonces. Hitler, Goebbels, Himmler y Hess escalaban juntos el último tramo del Everest de la sabiduría. A la mañana siguiente, poco antes de que comenzasen las primeras maniobras de intervención, los cuatro se reunieron una vez más después de formar y Hess le hizo entrega a Hitler de un valioso obsequio.

HESS: Ahora que entras a formar parte de nuestro escuadrón, habíamos pensado que la mejor manera de recibir a un soldado como tú sería otorgándole una merecida condecoración, reconocimiento por tu valor y los servicios prestados a la comunidad heterosexual.

HITLER: Muchísimas gracias, de verdad, nunca en la vida me había sentido tan honrado.

Himmler y Goebbels admiraban el momento henchidos de satisfacción, emocionados incluso. Mientras los otros dormían, Rudolf Hess se quedó despierto toda la noche para grabar la medalla honorífica que le regalaría a Adolf Hitler, la *Eisernes Kreuz* –Cruz de hierro– en cuyo reverso podía leerse en perfecta tipografía Fraktur: *Mein Schriftsteller kameraden*, que venía a significar algo así como “A mi camarada el escritor”. Hasta entonces, Rudolf Hess había sido el cabecilla de lo que ellos llamaban el *Dutch klub* –El club de la ducha–, pero aquella misma tarde Adolf Hitler se erigió como nuevo líder

del grupo tras sacar a la luz su duro carácter durante la primera gesta bélica en la que combatió del lado de los maricones.

Como era de esperar, el sargento Escopeta tomó el mando del regimiento para completar la última misión que les había sido encomendada. Tan sólo debían sitiar a una guerrilla irregular mediante la táctica del corro de la patata y poner en marcha la estrategia Follada relámpago según el procedimiento habitual. Adolf y sus compañeros del Dutch Klub harían de follikazes una vez más, pero poco se imaginaba Hitler que en esta ocasión se iba a encontrar con una desconcertante e inesperada sorpresa.

– ¡Aaah! ¡Hay uno que se me escapa! –Gritó uno de los maricas señalando a duras penas hacia un soldado de la guerrilla que tenía pinta de vagabundo barbudo y andrajoso.

– ¡Follikazes, entrad en acción! –Exclamó el sargento Escopeta mientras embestía con brutalidad el culo de un pobre joven que no dejaba de gimotear como un marrano.

El cuerpo de Follikazes corrió tras el fugitivo pero éste escapaba a una velocidad de auténtico vértigo, como el guepardo rebozado que huye de las garras de un senegalés. Goebbels, que era muy largo el tío, se había colocado estratégicamente en avanzadilla, escondido tras los arbustos que había junto a la única vía de escape posible: el viejo puente colgante sobre el río Kwai. En el instante en que el prófugo creía haber conseguido evadirse de sus captores, Joseph Goebbels se abalanzó sobre él, lo placó contra el suelo con el mismo envite de un carnero en celo y luego le aplicó una presa de aikido por tal de inmovilizarle. Himmler, Hitler y Hess se reunirían en torno a ellos al poco de que el fugitivo hubiese sido capturado. La expresión en el rostro de Adolf Hitler se agrió al comprobar que las facciones de aquel barbudo andrajoso le eran claramente familiares.

– ¡Aaaah! ¡Aaaaaah! –Chillaba el zarrapastroso soldado clamando piedad por su culo.

–Deja de gritar, capullo de mierda... Nosotros no somos maricones –Le aclaraba Goebbels sin dejar de sujetarlo.

– ¡No, qué va! ¡Se os nota a la legua que no lo sois! ¡Soltadme! ¡Auxilioooo!

–Suéltale Goebbels –Declaró Hitler con porte autoritario y severo–. Del cabrón este voy a ocuparme yo personalmente.

Los ojos del desmañado fugitivo resplandecieron por el terror cuando pudo caer en la cuenta de que, frente a él, se encontraba la intimidatoria y desafiante figura de su hijo Adolf, que había vuelto enérgico y robusto como un Gólem terrible para cobrarse su pertinente venganza.

–Adolfo, yo... yo no sabía –Trataba de explicarse el extenuado padre que yacía tendido en el suelo y alzaba su mano en espera de que Adolf le ayudara a incorporarse.

– ¡Cállate, perro de mierda! –Le contestó impertérrito Adolf Hitler sacudiéndole arena contra los ojos de una patada–. ¡Mira qué bien! Por fin te ha llegado tu hora... ¡Vas pagar por todo lo que le hiciste a mi pobre madre y a mis hermanos!

Sus compañeros permanecieron a la expectativa, sin intervenir. Estaban asistiendo al increíble espectáculo de la vida en directo y no querían perder detalle alguno de lo que aconteciese durante los próximos instantes.

– ¡Aargh! ¡AAAGH! ¡Ayudadme Adolfo, por favor! ¡Soy tu padre!

–Pensabas que todo iba a quedar así... ¿Verdad? Pensabas que todo el mundo te iba a consentir que fueras un puto borracho, que le zurrases a la máma y que te follases a mi hermana ¿No? ¡Contesta!

– ¡Hijo, no! Yo, no... ¡ayúdame! ¡Soy de los vuestros!

–Y una mierda. Tú no eres de los nuestros –Le declaró impasible–. ¿No querías alcohol? Joseph, pásame la lata de combustible.

Joseph Goebbels se acercó hasta donde se encontraba Adolf para entregarle la lata que contenía el carburante del todoterreno. Mientras el desconsolado padre suplicaba piedad bajo un intenso chorro de gasolina que le iba flagelando todo el cuerpo como un látigo de fuel, Adolf Hitler sacó un paquete de Fortuna del bolsillo de su cazadora y luego se colocó un piti entre los labios.

–Ya puedes correr, cerdo sarnoso –Le dijo a su viejo–. Esta será la última vez que vea tu puta cara de mamarracho infecto por este mundo.

El padre de Hitler se dio nuevamente a la fuga en cuanto tuvo la oportunidad, dejando tras de sí un reguero de combustible inflamable que comenzaba a los pies de Adolf.

–Se acabó –Declaró Hitler en el mismo momento en que encendía su cigarro con una cerilla. Luego inhaló una gran bocanada de humo, lanzó la cerilla contra el charco de gasolina y éste comenzó a arder, abriéndose camino como un proyectil hasta llegar a su padre.

– ¡AAAAAAH! ¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH! –Gritó el desdichado. En las pupilas de aquellos que presenciaron la escena se reflejaba ahora la comburente llamarada que producía el cuerpo del padre de Hitler al incendiarse como una antorcha. Toda la estampa se convirtió en un auténtico infierno. El puente colgante, que había sido construido con listones de madera y cuerda de cáñamo, prendió como una tea avanzando al mismo paso que él. Cuando la combustión terminó por matarle, el soldado se derrumbó abatido sobre sus propias rodillas y todo el puente se vino abajo, desmoronándose junto con el cuerpo hasta que el último tablón cayó por el descomunal precipicio.

– ¿Recordáis el régimen dictatorial del que me hablasteis ayer por la noche? Ese del que decíais que hablaba el Necromaricón... –Les preguntaba Hitler, postrado de espaldas a sus camaradas.

–Sí, claro –Le contestaba Rudolf Hess–, el régimen marico-nacionalista de Rodolfo Vandereulen...

–Pues ahora mismo, viendo cómo ardía mi puto padre, se me acaba de ocurrir una idea fantástica... y no sólo para escapar de aquí, sino también para librarnos de todos esos putos maricones de mierda. Tenéis mi palabra.

–Hitler –Le confesó Goebbels–, has hecho lo que tenías que hacer. Estamos muy orgullosos de ti. Eres un tío de puta madre.

–No olvidéis nunca mis palabras –Apostilló Hitler–. Es la compasión la peor de todas las enfermedades. Por la pena... entra la peste.

* * *

EL RETORNO DEL REICH²

Para Tomás de Aquino, la alienación –concepto clave en este texto– suponía la posesión del cuerpo del hombre, supuestamente, a manos del demonio. Consideraba que la libertad del individuo es anterior a esta alienación, por lo que el demonio posesor sería el responsable de privar a la persona de su inherente albedrío. En la Edad Media el demonio estaba ligado directamente a los placeres de la carne, por lo que, durante la Gran Guerra, la facción en la que lucharían juntos maricones y porculentarios fue conocido como el bando de los Alienados. El once de noviembre de mil novecientos dieciocho el imperio Alemán se rindió finalmente a los Alienados después de que el Káiser, en vistas de la que le iba a caer, huyese a Holanda. La nueva República Alemana pone fin a la primera guerra mundial firmando el armisticio de Rethondes. El antiguo imperio del zar se transformó en lo que terminaría siendo la Rusia Porculista; el imperio Otomano se disolvió dando lugar a Turquía; el imperio Austrohúngaro también fue disuelto en los estados de Austria, Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia; el glorioso imperio Alemán se fue a tomar literalmente por el culo siendo reemplazado por la República de Weimar, que gobernaría sobre una mierdosa Alemania mermada territorial y económicamente debido al pago por las reparaciones de guerra.

Joseph Goebbels, Heinrich Himmler, Adolf Hitler y Rudolf Hess pudieron regresar con vida a Berlín tras haber servido en el bando Alienado. Hitler, que había abandonado ya cualquier pretensión de hacerse artista del nihilismo conceptual, tenía más claro que nunca que su deber como varón heterosexual sería el de combatir la expansión del azote porculista en la vieja Europa.

² En el original “Das reich kommt wieder”

Para ello se propuso formar un nuevo partido político, a imagen y semejanza del ‘Partido marico-nacionalista de los trabajadores marico-nazis Venusianos’ de Rodolfo Vanderculen, que participaría en democracia junto con los demás grupos del parlamento por tal de tomar el control de la república. Gracias a la paga que les otorgó el bando Alienado por ser veteranos de guerra, los cuatro miembros del Dutch Klub reunieron el dinero suficiente para poder montar su primer negocio, una tienda de compra-venta llamada ‘Segunda mano - tercer Reich’, con el que pretendían sufragar los costes de organización del partido y, ya de paso, utilizarían el local para dar cabida a las reuniones y los mítines. Allí fue donde nació el ‘Partido Nacionalsocialista obrero Alemán’, un calco del partido que gobernó Mariconia durante el régimen de Rodolfo Vanderculen y que la cúpula marico-espacial de la época vio con muy buenos ojos.

El sueño de aquellos cuatro hombres valientes fue modelándose poco a poco hasta que finalmente pudo convertirse en realidad. El partido nacionalsocialista fue ganando adeptos entre los votantes de las clases más desfavorecidas y, a su vez, comenzaba a recibir financiación por parte de las adineradas corporaciones que creyeron en su proyecto. A diferencia del resto de grupos parlamentarios, el partido nacionalsocialista de Adolf Hitler tenía una verdadera propuesta para un futuro esperanzador: quería convertir Alemania en un gran parque de atracciones donde humanos y maricones pudieran convivir en paz y armonía para siempre... o por lo menos eso era lo que su ideario y líder de ventas *Mein Kampf* –Mi campo– promulgaba.

Haciendo acopio de todo el material que tenía escrito desde que fue confinado a la prisión de Landsberg, Adolf diseñó la doctrina que pretendía poner en marcha una vez que su partido se hiciese con el poder. En *Mein Kampf*, Adolf Hitler habla por vez primera sobre

una posible realidad en la que podrían coexistir pacíficamente ambos pueblos, el homosexual y el heterosexual. Su argumentación pone en tela de juicio las principales diferencias que supuestamente les separan como pobladores del mismo planeta e instaba a satisfacer la necesidad de diversión que ambos compartían por tal de alcanzar un entendimiento y un estado de bienestar común que fuese lo más equitativo posible para todos. Decidido a dar rienda suelta a dichas pretensiones, Hitler proponía crear los denominados *Kolegen Kampfs* –Campos de colegas– donde el ocio y el entretenimiento estarían al alcance de hombres y mujeres, ricos y pobres, altos y bajos, guapos y feos, calvos y cojos, negros y rojos... en definitiva, que la nueva Alemania sería un nexo entre civilizaciones que acabaría con la segregación social y fomentaría la convivencia.

El mensaje caló rápidamente en la sociedad de su tiempo, hastiada de tantos telediarios y reposiciones que no hacían más que fomentar el odio, así que el treinta de enero de mil novecientos treinta y tres el presidente Paul Von Hindenburg nombró canciller de Alemania a Adolf Hitler después de que el partido nacionalsocialista ganase las elecciones democráticamente.

Fue el comienzo de una nueva era.

* * *

Cancillería del Reich - Palacio real de Berlín

11 - Febrero - 1933

Distinguida madre / Querida mamá:

Dicen por ahí que no hay nada más tonto en este mundo que hacer preguntas en una carta. Supongo que será porque yo, que te escribo, no sé si algún día llegaré a recibir respuesta por tu parte. De todas formas, y aun arriesgándome a parecer tan tonto como la gente dice que se es, quiero que sepas que me gustaría estar ahí para poder preguntarte: ¿Qué tal estás? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal marchan las cosas por el pueblo? ¿Has visto a mi hermana Paula últimamente? ¿Me has echado de menos todo este tiempo?

Hace ya algunos años que me marché de casa y con mi carta quería decirte, ante todo, que te extraño; echo de menos el nauseabundo hedor a repollo frito y a coliflor hervida que apestaba toda la escalera de nuestro edificio; echo de menos los Colacaos con ginebra de garrafón que nos preparabas para desayunar antes de que fuésemos al colegio; echo de menos los gritos de la señora Francisca que se oían por todo el patio de luces mientras su marido le medía el lomo... y también echo de menos celebrar los cumpleaños en el McDonald's contigo y con la tata. Es curioso que la nostalgia me guarde tan gratos recuerdos de una etapa de mi vida que precisamente llevo años recordándola como una de las peores. Nunca te lo he dicho, pero siempre culpé a mi padre por la precaria situación que vivimos en casa... así como de la muerte de mis otros tres queridos hermanos. Sí, has leído bien. Recuerdo que me decías que él no siempre fue así. Solías disculpar su mal carácter diciendo que te pegaba collejas por-

que quería matar una avispa que tenías en el cogote... o porque decías que hacía frío y necesitabas que alguien te calentase... o cuando acababas de venir recién peinada de la peluquería y te arreaba un collejón a caso hecho era porque, según tú, 'el que se pela se estrena'. Vivir con resignación aquellos años de ansiedad y angustia ha terminado por convertirme en el hombre que soy hoy en día; un hombre del que, seguro, te sentirías muy orgullosa.

Dentro de poco me verás aparecer en televisión, pero no porque haya entrado en Gran Hermano ni nada de eso sino porque la semana pasada me nombraron canciller de Alemania. Ya, es tope de fuerte. Mis colegas y yo todavía lo estamos flipando máximo. El lunes echarán una reposición con mi primer discurso y piensan retransmitirlo para todas las cadenas públicas. Ojalá que mi carta te llegue antes de que eso suceda, así tendrás tiempo de programar el video y grabar a tu hijo hablándole de su futuro a nuestro amado pueblo alemán. Sobre todo, no te asustes. Es cierto que pertenezco al partido nacionalsocialista... y es cierto que en nuestras propuestas de partido estamos a favor de la igualdad y en contra de la xenofobia —ya sabes, ese concepto nuevo que se han sacado de la manga los moderados—, pero no te asustes más, que tan sólo es un subterfugio. Quiero decir, que es todo una gran mentira. No somos un partido en favor de los derechos de los homosexuales ni mucho menos... a decir verdad, ni si quiera los toleramos. Verás, trataré de contártelo desde el principio:

Me fui de casa porque había encontrado trabajo como mozo de almacén en una tienda de electrodomésticos y televisores. Mi jefe, que en primera instancia parecía ser un señor muy atento y entrañable, me pagó algo del sueldo por adelantado para que pudiese comer ca-

liente todos los días. Por cierto, no te preocupes, siempre hago por comer bien. Compró verdura los viernes en el mercado y me hago pescado a la plancha dos o incluso tres días por semana. Pero bueno, a lo que iba, que luego aquel señor tan entrañable resultó ser maricón... y más de una vez lo pillé tratando de sobarme el culo. Una vergüenza. Por suerte la cosa no fue a más y sólo estuve trabajando allí un par de años hasta que por fin me llamaron del frente para servir a mi patria. Sí mamá, estuve en la guerra, siento que hayas tenido que enterarte de este modo, pero mira, he vuelto y ahora estoy mejor que nunca. Dicen que a buen fin no hay mal principio ¿no? ...y que el fin justifica los medios ¿verdad? Pues eso, que nada, que en el regimiento me eché unos muy buenos amigos (nada de drogas ni de malos rollos) con los que monté el partido político en el que hemos estado militando juntos. Mis colegas son ahora mi gabinete de ministros; ellos procuran por mí y yo doy la cara por todos ellos. De hecho el otro día pensaba en ti: Estaba echándole un rapapolvos a uno de los becarios por ser tan inútil y de repente caí en la cuenta de lo mucho que nos parecemos. ‘Soy como mi madre’, pensé... ¡Con la rabia que me daba a mí cada vez que venías a echarme la bronca! Y mira ahora. Quién me lo iba a decir, ¿verdad? Ja ja ja.

Pero ya te digo, que ninguno de nosotros somos maricones ni mucho menos. Mis amigos son: Rudolf, Heinrich y Joseph. Son todos muy buena gente y muy sanotes; el único que fuma es Goebbels y siempre le estamos diciendo que a ver cuándo lo deja. ¡Ah! Y además Heinrich se apellida Himmler, como la madre de tu amiga Catalina, la que tenía una lavadora. Ya te digo, todo muy bien, la verdad es que la guerra no hubiese sido lo mismo sin ellos. ¡Ah, sí! A lo que iba... procura no hacer caso de los rumores que te lleguen acerca de nuestro partido. En serio. Tenemos preparado un gran plan para sa-

near esta sociedad corrupta y libertina que sólo podemos llevar a cabo actuando desde dentro del sistema. Por eso nos hemos hecho pasar por bujarras; entenderás ahora por qué no hemos podido hacerlo de otra forma. Pues bien, nuestra intención es limpiar definitivamente el continente Europeo de la cruel amenaza homosexual. Para ello vamos a crear unos parques temáticos que nosotros llamamos los *Kolegen Kampfs* y que utilizaremos a modo de señuelo o trampa para cucarachas. En principio tiene que parecer que son unos parques de atracciones normales y corrientes, ya sabes: Con su montaña rusa, con sus puestos de algodón de azúcar y perritos calientes, etc... La principal diferencia es que hemos hecho instalar unas duchas que en lugar de agua despiden gas metano; sí, sí... como el de los peos. Los maricones, que son atraídos por la peste a culo igual que las moscas cuando van a la mierda, podrán ser capturados fácilmente mientras permanecen en estado de embriaguez y, aprovechando que se habrán hinchado como globos de tanto respirar el gas, los llevaremos a unos hornos de cocer pan donde entrarán en combustión instantánea debido al alto grado de metano que contendrán sus cuerpos. Fantástico ¿verdad? Lo cierto es que se me ocurrió a mí solo ¡Ja ja ja! Por eso mis camaradas me nombraron presidente de nuestro partido... y es por eso por lo que ahora soy canciller de Alemania. Ya ves, al final resulta que tienes un hijo listo.

Y, bueno, no sé. No sé qué más contarte... bueno sí, que al final desistí de la pintura; que he escrito un libro con el que estoy ganando mucho dinero gracias a su éxito de ventas; que estoy trabajando en un proyecto científico de alto secreto y del que por ahora sólo puedo adelantarte que se va a llamar Sida; que he comenzado a salir con una chica que se llama Eva... y nada, que ya te digo, que por mi parte todo son buenas noticias.

Bueno mamá, lo dicho, que te quiero un montón y que espero que en Braunau siga estando todo tal y como lo dejé. Procuraré encontrar un día entre semana para pasarme a verte y así te doy un buen beso.

Tu hijo, que te quiere:

ADOLF HITLER

PD: Papá ha muerto. Adjunto con la carta una caja de seis botellas de whisky Dyc (tu favorito), un cartón de Cámel y una caja de Prozac de un gramo. ¡Ya me darás las gracias cuando vuelva!

X O X O

EL DISCURSO DEL GAY

– ¡Viva Hitler! –Exclamaba la juventud henchida de satisfacción durante el desfile mientras él les saludaba levantando la palma de su mano diestra, dejándose ver entre la multitud desde el asiento trasero de su flamante automóvil descapotable.

– ¡Heil dem Führer! –Proclamaban con voz tosca, entre eructos y toses, los jubilados, que le devolvían el saludo con efusividad alzando también sus brazos erguidos en dirección al sol a las puertas del geriátrico.

– ¡Viva la madre que te parió! –Clamaban las putas desde sus balcones lanzando toneladas de confeti, bragas y serpentinas multicolores.

– ¡Hitler, capullo, queremos un hijo tuyo! –Le cantaron las universitarias cachondas a la vez que se levantaban las camisetas para mostrarle agradecidas sus turgentes y voluptuosos pechos.

El coche oficial se detuvo frente a una resplandeciente alfombra roja que se extendía desde la misma calzada, subiendo por las escaleras, hasta llegar a un elevado púlpito que los afiliados de su partido habían preparado para la ocasión a las puertas del majestuoso edificio del Reichstag. El cuerpo militar al completo le rendía lealtad formando un solemne corredor a su paso. Los ministros, sonriéndole espléndidamente, le estrechaban la mano entusiasmados. Adolf Hitler, contagiándose del frenesí que colmaba el momento, avanzó solemne y marcial recorriendo la alfombra roja en dirección a la tribuna desde donde debía pronunciar en público su primer discurso de investidura. Lo cierto es que a medio camino tropezó trastabillándose con la alfombra en plan patoso; era hartamente evidente que le podían los nervios. Por suerte consiguió resolver la situación recuperando la com-

postura y pudo proseguir su marcha sonriendo dignamente, saludando con total normalidad, haciendo ver que lo del tropiezo había sido tan solo una pequeña broma; como si allí no hubiese pasado nada. Cuando por fin hubo ascendido al púlpito presidencial comprendió lo que significaba darse un verdadero baño de multitudes. Contemplar el furioso rugir del gentío, que se aglomeraba en torno al Reichstag únicamente para venerar la figura de su nuevo mandatario, hizo que las piernas le temblasen todavía más. De pronto recordó que llevaba toda la mañana sin mear; su vejiga estaba dándole el primer aviso. Hitler, dispuesto a terminar lo antes posible con toda la movida, echó mano al bolsillo de su pantalón para sacar la cuartilla donde había escrito el discurso que pensaba dedicar a sus fieles. Después de rebuscar concienzudamente en sendos bolsillos delanteros cayó en la cuenta, espeluznado, que al cambiarse de ropa por la mañana podría habersele olvidado el discurso metido en el pantalón sucio que acababa de echar para lavar. Se cagó en su puta madre y entre dientes masculló ‘¡Mieeerdaaa!’. Era demasiado tarde como para echarse atrás, la gente aguardaba en silencio esperando a que pronunciase su trascendental discurso. Adolf Hitler, que no era precisamente un gran orador, comenzó su puesta en escena aclarándose la voz y para ello carraspeó frente al micrófono. La gente recibió aquel primer carraspeo con una gran ovación.

– ¡Kameraad...aghtjó! ¡Aghtjooó! ¡Aghtjooó! –A Hitler le dio por toser pero a la gente no pareció importarle demasiado. La primera reacción de la peña fue contemplar la escena emocionados y con los ojos vidriosos para, justo después, volver a ovacionarle impulsivamente.

–Te has dejado el discurso en casa ¿verdad? –Le susurró al oído el impertinente de Rudolf Hess que se le acercaba por detrás con muy poco disimulo.

– ¡Por el amor de Flómar, no! ¡¿Cómo puedes pensar que me he dejado el discurso en casa?! –Proclamó a viva voz y con el micrófono abierto. Nuevamente volvió a hacerse el silencio entre la caterva.

– ¡¡ME CAGO EN LA PUTEN!! –Prorrumpió Hitler haciendo estallar su puño enérgicamente contra la mesa al mismo tiempo en que Rudolf Hess pinchaba *Cloughy is a bootboy* de los Toy dolls por los altavoces. La multitud volvió a enloquecer, los aplausos y los vitoreos se sucedieron sin cesar. Como Hitler era incapaz de recordar nada de lo que había escrito el día anterior, se le ocurrió la brillante idea de ir recitando a gritos, sobre la música, los títulos de las canciones de los *Landser* y los *Freikorps* que más le gustaban.

– ¡¡Volk und vaterland!! ¡¡Das Reich kommt wieder!! –La gente rompía el silencio bramando con todas sus fuerzas. Luego corearon ‘¡Hitler, Hitler!’ al unísono.

– ¡¡Republik der Strolche!! ¡¡Stolze kriegler!! ¡¡Ran an den feind!! –Las vallas de contención cayeron ante el arrojío de los alborotadores. Los contenedores comenzaron a arder. Los guardias de seguridad repartían leñazos a diestro y siniestro.

– ¡¡Schwarz, weiss, rot!! ¡¡Heil dem führer!! –Y la peña le contestaba lanzando sus brazos en alto y gritando: “¡Heil! ¡Heil! ¡Heil!”.

– ¡¡Heil dem führer!! ¡¡Ich liebe dich!! –Y la peña le contestaba: “¡Heil!”; así repetidas veces. Los disturbios, el pillaje y las reyertas se apoderarían de la ciudad hasta altas horas de la madrugada. Al final, el improvisado discurso resultó ser un éxito. Rudolf Hess le dedicó disimuladamente al Führer una mueca de sorpresa y Hitler le respondió guiñándole un ojo a la vez que le mostraba la lengua asomando entre los dientes.

Una vez superada la gran depresión que asoló el estado tras la primera guerra mundial, Alemania resurgía nuevamente de sus cenizas, alcanzando el pleno empleo, rebajando los impuestos de los con-

tribuyentes, creando nuevas viviendas de protección oficial, abriendo centros comerciales... Aquello era increíble, una fiesta cotidiana, como si todos los días fuesen nochevieja o algo por el estilo. Las arcas del estado rebosaban crédito a punta pala y todo gracias a la política nacional-socialista. Adolf Hitler y el resto de miembros del Dutch Klub se pasaban el día jugando al solitario y al buscaminas en horas de oficina, dando órdenes injustas a sus subalternos, firmando papeles que mayormente ni se los leían, enfarlopados perdidos, comidos de tripis, borrachos como cubas y yéndose de putas todas las noches.

* * *

LA LIBERTAD SEXUAL ES UN GENOCIDIO

Conforme iban sucediéndose los meses, pronto comenzó a tomar forma el verdadero proyecto nacionalsocialista y, tras presentar el diseño inicial a los arquitectos, empezaron a construirse los tan aclamados Kolegen Kampfs. El primero de ellos, el ‘Nanysex, ciudad de vacaciones’ situado a unos cuarenta y tres quilómetros de Cracovia, fue el mayor campo de exterminio de la historia del nazismo.

Presentado ante la sociedad como un complejo de ocio turístico para toda la familia, el Nanysex constaba de un parque temático con varios hoteles de lujo, parque acuático, campos de golf, club de padel y un centro de convenciones. Semanas después de su inauguración, y previo apertura de puertas al público, se planteó comenzar con el estudio de inversión para desarrollar el siguiente parque temático: El Club Army, un centro de ocio en la misma línea que el anterior pero esta vez situado en la aldea de Treblinka, al noroeste de Polonia. El plan maestro estuvo dispuesto finalmente para mediados de julio del cuarenta y dos. Sendos parques contaban con la previsión de recibir una afluencia masiva de visitantes aprovechando la excepcional temporada turística en plenas vacaciones de verano. Lo que en principio podía parecer un inofensivo centro de sano entretenimiento familiar resultó ser en realidad una verdadera trampa mortal para los maricones del espacio.

Nada más entrar, y con el pretexto de que por motivos de higiene debían ducharse antes de acceder a la totalidad del recinto, los turistas eran conducidos a unas cámaras estancas que, por el alicatado y el resto de detalles, simulaban ser las duchas de un polideportivo normal y corriente. Cuando las duchas se ponían en funcionamiento despedían, junto con el agua, Zyklon-B, un concentrado de biogás obtenido a base de la putrefacción de las heces del ganado, cuescos

fétidos de tíos muy gordos que comían fabada diariamente y la descomposición anaeróbica de animales muertos tales como el delfín, el gorila de montaña, el leopardo de las nieves, el rinoceronte de Java, el orangután de Sumatra, el atún rojo, la tortuga Baula, el tigre blanco, las vacas marinas y los elefantes asiáticos. En esta primera fase se dividía la totalidad de los asistentes al parque en dos grandes grupos: Los que caían al suelo asfixiados por la peste y los que no. Todos aquellos que sobrevivían a la sobreexposición fétida del apesotoso Zyklon-B eran claramente maricones del espacio, por lo que podrían proseguir con su visita en el parque. Los que morían en las cámaras de gas, que por lógica no podían ser maricones, se contabilizaban como daños colaterales y luego se llevaban al crematorio para que sus cuerpos fuesen debidamente incinerados. Lo cierto es que el método dejaba bastante que desear, sí... pero claro ¿quiénes somos nosotros para cuestionar la inteligencia del siglo pasado? En fin que, una vez hubiesen accedido al recinto, los maricones encontrarían la muerte tras una serie de crueles y despiadados tormentos mientras trataban inútilmente de aprovechar lo poco que les quedaba de vida para disfrutar de las distintas y emocionantes atracciones que les brindaba el parque temático, tales como:

El martillo locuelo: Un sistema barato y eficaz para asesinar en masa. El maricón se colocaba tumbado panzarriba en una camilla con la convicción de que iban a hacerle un masaje glanderiano. Mientras, en otro lugar del parque, alguien accionaba una palanca que hacía que un martillo enorme golpeará brutalmente los cojones del reo, induciéndole así al estallido involuntario y a la muerte inmediata. Luego, un resorte colocado en la base de la camilla expulsaba los fragmentos del maricón hacia un sumidero que los trituraba y, poco después, un fuerte chorro de agua a presión garantizaba que la sangre que dejaba tras de sí la explosión fuese completamente elimi-

nada. Y así, sucesivamente, los maricones podían ir colocándose bajo el martillo sin sospechar que aquel iba a ser su último masaje glande-riano. Muchos porculetarios soviéticos fueron asesinados mediante este, digamos, ingenioso método.

La montaña cusa: La cosa más tonta del mundo. Una montaña rusa, donde los asientos del tren carecen de medidas de seguridad, acelera hasta ciento cincuenta quilómetros por hora en menos de tres segundos. Los ocupantes de las vagonetas salen despedidos a toda castaña en dirección a un muro de hormigón donde se han colocado debidamente mogollón de piernas de maniquí con botas de puntera de hierro que les estarán esperando para reventarles los cojones. En cuanto los maricones saltan disparados contra el muro, estos van estallando tal como si fuesen palomitas de maíz en plena acción del microondas. El procedimiento para mantener la higiene de las instalaciones es el mismo que en el caso anterior: un chorro de agua a presión limpia la sangre y los fragmentos; además, bajo el muro se encuentra un foso infestado de tiburones con abrigo que se encargarán de hacer el resto. Incluso los cadáveres de aquellos tiburones que hayan muerto a causa de un empacho o una pulmonía se reutilizarán para generar más barriles de biogás. La verdad es que los nazis lo tenían todo calculado al milímetro.

El Tutuki splash: Que en maorí antiguo significa ‘Maricones en remojo’ es una atracción destinada a todos aquellos visitantes del parque que prefieren la diversión en el agua. Los maricones descien-den en canoa por unos saltos de agua, presumiblemente inofensivos, cuyo principal atractivo es que están inspirados en los más bellos pa-rajes selváticos de la Polinesia. En el último tramo de la experiencia las canoas se precipitan por una gran cascada que arroja a sus ocu-pantes desde una altura de cuarenta y cinco metros aproximada-mente. El lago que les espera abajo es en realidad una gran olla en

plena ebullición que escalda a los maricones como si estos fuesen garbanzos estofados. Cuando la temperatura del agua llega hasta el punto exacto en que los pentaculat se ven obligados a abandonar los cuerpos de los maricones que habitan, estos tienen que salir huyendo por la única vía de escape posible que se ha dispuesto a tal efecto; un conducto subacuático escupirá los pentaculat sobre la cinta transportadora que conduce hasta una potente prensa hidráulica donde finalmente terminarán siendo despachurrados, como cuando pisas un plátano con todas tus fuerzas. De los métodos antes mencionados este es sin lugar a dudas el más limpio de todos.

El Pájaro culo: Es una gran torre elevada a cien metros de altitud por la que asciende una plataforma donde hay unas pollas negras gigantes dispuestas a modo de asiento para que puedan colocarse cómodamente los maricones. La plataforma comienza a ascender desde el nivel del suelo, proporcionando a los visitantes unas incomparables vistas panorámicas de todo parque. En el momento en que dicha plataforma alcanza la altura del nivel máximo –ciento quince metros para ser exactos– ésta se precipita al vacío alcanzando los ciento veinte quilómetros por hora y en menos de tres segundos realizará la caída completa. Al llegar al suelo se produce un enclavamiento mecánico que, a consecuencia de la brusquedad de la frenada, consigue horadar los culos de los maricones hasta un diámetro de veinte centímetros. Es entonces cuando los pentaculat, impulsados por el demoledor y repentino impacto de las pollas negras, saltarán al exterior del cuerpo de los maricones a través de sus bocas. Acto seguido la plataforma se inclinará, arrojando los flemáticos organismos alienígenas en dirección al embudo de un sumidero situado en el suelo que va a desembocar, nuevamente, a la cinta transportadora que conduce hasta la prensa hidráulica. El procedimiento, llegados a este

punto, es idéntico al del Tutuki Splash... así que no me extenderé más puesto que ya queda reflejado en el apartado anterior.

Así pues, estas atracciones letales tratarían de pasar desapercibidas entre el resto de propuestas –presumiblemente inofensivas– como los autos de choque explosivos, la noria incendiaria, las camas de faquir elásticas, el látigo de pollas, la casa del terror anal, el saltamontes, etc... En definitivas cuentas, el partido político presidido por las mentes pensantes del Dutch Klub supo estar a la altura de las grandes expectativas que había generado durante las elecciones. La gente moría y se divertía a partes iguales.

Los campos de colegas funcionaron ininterrumpidamente hasta que, el fatídico treinta de enero de mil novecientos cuarenta y tres, Adolf Hitler tomó la trágica decisión de quitarse la vida al recibir el siguiente telegrama:

A/A: DISTINGUIDO DICTADOR SOBERANO EN DEMOCRACIA, SEÑOR ADOLF HILTER.

SR HILTER LAMENTO COMUNICAR SU MADRE HA MUERTO. DEPRESION POSTPARTO. SU HERMANASTRO HA NACIDO CON SINDROME DE DOWN. SU HERMANA SRTA PAULA HILTER HA MUERTO TAMBIEN. CIRROSIS CIFOSIS ESCOLIOSIS E HIPERLORDOSIS. SU HOGAR MATERNO JUNTO CON TODAS SUS PERTENENCIAS COLECCION DE COMICS DISCOS COMPACTOS CONSOLAS RETRO ETC PASAN A DISPOSICION DE UN JUEZ PARA SER SUBASTADAS.

ATENTAMENTE

FEDERICO HE-MAN. ALCALDE DE BRAUNAU.

* * *

EL FIN DE UNA GRAN ESPERANZA - EPÍLOGO

Aquellos que rehúsan creer en disparatadas monsergas tales como la fe, el azar o el destino pueden tener la certeza de saber que las cosas ocurren, simplemente, porque la casualidad es así de arbitraria y veleidosa. La naturaleza no entiende de suerte o de injusticias ya que eso es un concepto que tan sólo le pertenece al ser humano. Cabe preguntarse pues qué habría sido de nosotros si Adolf Hitler nunca hubiese tomado la precipitada decisión de suicidarse. En qué tipo de mundo viviríamos ahora, ¿verdad? ¿Cómo creéis que sería vivir en una sociedad sin homosexuales? Imaginad por un momento que la homosexualidad nunca hubiese existido. Qué sería de nosotros si a día de hoy no pudiésemos discriminar a los demás por ser horteras, tímidos o amanerados. Imaginad un mundo en el que a nadie se le hubiese ocurrido inventar los chistes de mariquitas; en el que no existieran espectáculos de Drag Queens para los jubilados que visitan Benidorm; en el que jamás hubieran nacido Rob Halford, Freddie Mercury o Darby Crash... en definitivas cuentas, un mundo en que los Turbonegro no podrían poner letra a sus canciones y la palabra 'maricón' tampoco tendría sentido alguno.

Poco después de que el resto de miembros del Dutch Klub conociese la triste noticia de la muerte del dictador, Heinrich Himmler se prestó voluntario para suplantar a Hitler por tal de preservar el gran negocio que suponía tener abiertos los parques temáticos. La cosa no terminó de cuajar y, a decir verdad, un desafortunado cuesco de Joseph Goebbels en presencia de inversores porculetarios dio el pistoletazo de salida a un nuevo conflicto armado: la Segunda Guerra Mundial. Resumiendo, y para evitar extenderme demasiado sobre varios temas que ciertamente no trascienden ni tienen importancia

alguna, el régimen nacionalsocialista tocó a su fin tras la captura de Berlín a manos de las tropas porculistas. Por su parte los japoneses, que desde la fundación de Nintendo siempre creyeron en la importancia de la diversión para generar pingües beneficios, fueron derrotados por el ejército de los Estados Unidos, ¡hay que ver lo que cambia la gente después de un bombardeo atómico!

La guerra concluyó con una victoria total por parte de los Aliados y, tras la conflagración, el Gobierno central de los maricones del espacio (GCMDE) creó la Organización de Naciones Unidas con el fin de fomentar la cooperación internacional y prevenir futuros conflictos. Como la homosexualidad había saltado nuevamente a la palestra de la opinión pública, la cúpula gayerrestre decidió celebrar una serie de procesos jurisdiccionales –Los juicios de Núremberg– emprendidos por iniciativa de las naciones alienadas en los que se determinarían y sancionarían las responsabilidades de dirigentes, funcionarios y colaboradores del régimen de Adolf Hitler. Total, que por tal de enmascarar nuevamente la realidad, el GCMDE culpó al nazismo de exterminar a seis millones de judíos en lugar de a seis millones de maricones; así, todos saldrían ganando. ¿El resultado? A los judíos se les otorgó de forma fraudulenta el estado de Israel y los maricones del espacio consiguieron recuperar el valioso anonimato que amparaba a sus instituciones. Los indicios de aquella amenaza homosexual extraterrestre que Hitler pretendía revelar a los ojos de una sociedad incrédula volverían a quedar sepultados hasta comienzos del nuevo siglo XXI.

Incluso el más optimista lo hubiese dado todo por perdido.

* * *

**REFLEXIONES DE UN HUMANO
HETEROSEXUAL**

EL MUNDO NO SE DETENDRÁ CUANDO HAYAMOS MUERTO

Es común y muy frecuente que, ante cualquier nuevo dilema que se plantee nuestra sociedad, la gente trate siempre de sintetizar el margen de opinión hasta que éste queda polarizado en dos extremos radicalmente opuestos y diferenciados, es decir: los del sí y los del no; los de izquierdas y los de derechas; los católicos y los protestantes; los demócratas y los republicanos; los rojos y los fachas; los hutus y los tutsis; los buenos y los malos; los criminales y las víctimas... Sí, verdaderamente es muy patético pero, claro, es la opción más sencilla para quienes sólo se miran el ombligo, los que no saben ponerse en el lado de los demás y los que tampoco pretenden comerse demasiado la olla.

La única diferenciación posible que puedo llegar a considerar a estas alturas sería entre personas idealistas y personas pragmáticas. Uno crece siendo idealista, como es natural, copado de ideas para cambiar y mejorar el mundo hasta que llega un día en que la realidad acaba imponiéndose de forma inevitable cuando cae la venda que nos ciega en nuestro idealismo *kitsch*. Es entonces cuando maduramos y nos convertimos en personas pragmáticas. Uno puede vivir hasta la vejez siendo idealista, esquivando la realidad, pero una vez que ésta nos alcanza ya no hay vuelta atrás posible. Se trata de un episodio similar al desencanto que vivimos cuando terminamos por enterarnos de que los reyes son los padres; ese día perdemos una gran parte de la inocencia, nos sentimos engañados y estafados por el resto de la humanidad pues toda la gente que teníamos alrededor y en la que confiábamos plenamente había sido cómplice de una gran mentira. La ilusión y la fe que habíamos depositado en la creencia de

que podían llegar a existir aquellos reyes magos, abnegados y generosos en extremo, que nos colmaban de regalos una vez al año sólo por portarnos bien se hundía de forma dramática en cuanto conocíamos la cruda realidad. Luego nos preguntamos: ‘¿De verdad querríamos saberla?’ puesto que una vez se resolvía el misterio aquella ilusión infantil nunca más volvía a recuperarse.

Entonces os preguntaréis: ¿Qué es mejor, vivir de ilusiones infantiles que pueden desvanecerse ante cualquier mínimo atisbo de realidad... o vivir desencantado pero con los pies en la tierra? ¿Qué es mejor, tratar de ser idealista contra viento y marea... o aceptar el hecho de que a la larga terminaremos siendo pragmáticos y así nos evitaremos sufrir infinidad de desengaños?

Ya que dicen que el punto de vista es como los culos, que cada uno tiene el suyo, dejadme aclararos que yo en particular no soporto a la gente idealista... aunque he terminado por aprender a no condenar dicha opción pues, obviamente, cada uno es como es y yo también fui idealista antes que escéptico.

Por tal de dejaros claro que no tengo necesidad alguna de que compartáis mi opinión, rescato sendos fragmentos de dos de mis libros preferidos; de hecho, creo que son de los pocos libros buenos que recuerdo haber leído. En el primero se ensalza la virtud de ser idealista; en el segundo la de ser pragmático. Os propongo lo siguiente, es muy sencillo: dependiendo del texto con el que os sintáis más identificados podréis salir de dudas y averiguar si estáis del lado pragmático o del lado idealista.

* * *

¿Tontainas o amargados?

Este es un fragmento de *Crimen y castigo* donde Raskólnikov, el protagonista, justifica el crimen que ha cometido mediante una posición claramente idealista:

Creo que mi idea es justa en lo fundamental, o sea en considerar que las personas, según ley de la naturaleza, se dividen en general en dos categorías: personas de categoría inferior (ordinarias), como si dijéramos personas que constituyen un material que sirve exclusivamente para la procreación de seres semejantes, y en personas propiamente dichas, es decir, en seres humanos que poseen el don o el talento de decir una palabra nueva en su medio. La primera categoría es siempre dueña del presente; la segunda, lo es del futuro. Las personas del primer grupo conservan el mundo y lo multiplican numéricamente; las personas del otro grupo lo mueven y lo llevan a su fin.

En una palabra, llego a la conclusión de que todos los hombres no ya grandes, sino que destaquen un poco de lo corriente, o sea los que estén en condiciones de decir algo nuevo, por poco que sea, necesariamente han de ser criminales por propia naturaleza, en mayor o menor grado, claro es. De no ser así, les resulta muy difícil salir del camino hollado, como ya he dicho, y a mi modo de ver incluso están obligados a no conformarse. Las personas de la primera categoría, es decir, el material, son por su naturaleza conservadoras, ceremoniosas, viven en obediencia y gustan de ser obedientes. La segunda categoría, formada por personas que pasan por encima de la ley, son destructoras o están inclinadas a serlo según su capacidad. Sus crímenes, como es natural, son relativos y presentan muchas variedades; en su mayoría, por medio de declaraciones sumamente diversas, tales hombres recaben la destrucción del presente en nombre de algo mejor.

Y este es un fragmento de *La insostenible levedad del ser*, donde Milan Kundera nos ilustra el por qué de su elección pragmática:

A los que creen que los regímenes comunistas de la Europa central son exclusivamente producto de seres criminales se les escapa una cuestión esencial: los que crearon estos regímenes no fueron los criminales, sino los entusiastas, convencidos de que habían descubierto el único camino que conduce al Paraíso. Lo defendieron valerosamente y para ello ejecutaron a mucha gente. Más tarde se llegó a la conclusión generalizada de que no existía Paraíso alguno, de modo que los entusiastas resultaron ser asesinos. Los acusados respondían: « ¡No sabíamos! ¡Hemos sido engañados! ¡Creíamos de buena fe! ¡En lo más profundo de nuestra alma somos inocentes! »

Y se llegó a la conclusión de que la cuestión fundamental no es: ¿Sabían o no sabían?, sino ¿es inocente el hombre cuando no sabe?

¿Un idiota que ocupa el trono está libre de toda culpa sólo por ser idiota?

* * *

Hablar con conocimiento de causa

Cuenta la mitología griega que Tiresias, el adivino ciego de Tebas, fue la única persona en el mundo que pudo ser hombre y mujer a la vez durante su vida. Relataba Ovidio en *La Metamorfosis* que Tiresias fue convertido en mujer cuando encontró a dos serpientes que estaban apareándose y no se le ocurrió otra cosa que separarlas con un palo. Sí, bueno, ya sabéis... Así es la mitología, jajaja.

Siete años más tarde, siendo Tiresias mujer, volvió a encontrarse en la misma situación y, tras golpear a las serpientes con su bastón, convirtiéndose nuevamente en varón. Como era el único ser humano en toda la faz de la Tierra que había vivido la experiencia de ser hombre y también mujer, Zeus y su esposa Hera recurrieron a él para preguntarle sobre quién de los dos obtenía más placer durante el acto sexual: el hombre o la mujer. Las típicas chorradas con las que se entretienen los todopoderosos, vamos. Tiresias afirmó que el hombre tan sólo experimentaba una décima parte del placer que recibía la mujer y, claro, como no era esa la respuesta que esperaba obtener, Hera indignada le castigó dejándole ciego. Zeus, sin embargo e imagino que por solidaridad, le otorgó el don de la profecía y la larga vida. Digo yo que Zeus, siendo dios del Olimpo como era y padre de todos los dioses, podría haber sido menos calzonazos y haberle devuelto la vista al pobre hombre... pero no, está claro que el pichafloja de Zeus tuvo que recompensar al pobre Tiresias de manera que su mujer no se enterase de que lo hacía. Menudo calzonazos.

A todo esto, lo que nos da a entender el mito del adivino de Tebas es que nadie puede hablar con más propiedad que aquel que haya vivido la experiencia como tal; concepto fundamental y base del co-

nocimiento empírico. El ya extinto estado Checoslovaco, por poner un ejemplo cercano y asequible, fue uno de los países de la Europa central que cayó en manos de la ocupación nazi durante mil novecientos treinta y ocho y que años después fue liberado y a su vez ocupado por los comunistas. Con lo cual, ellos más que nadie al igual que sucedía con Tiresias, serían los únicos que podrían formar una opinión fundamentada acerca de los dos regímenes que azotaron el viejo continente durante el siglo pasado. En España, ochenta años después de la guerra civil, todavía hay quien se autoproclama comunista sólo por reconocerse opositor del régimen dictatorial de Francisco Franco, obviamente por subnormalidad y por puro desconocimiento; por no saber del genocidio ucraniano; por no saber quiénes fueron los Jemeres rojos, porque no ha visto el parque de calaveras de Camboya o por pensar que la antigua Unión Soviética fue el lugar más feliz del mundo durante el tiempo en el que Stalin puso todo su empeño por llevar a cabo las directrices del manifiesto comunista que había escrito el mono sabio gilipollas del puto Karl Marx. Es el desconocimiento del que os hablaba, esa falta de sentido común para razonar frente a la pasión ciega que les lleva a venerar un ideal estúpido, lo que hace que los idealistas sean, para mí, las personas más retrógradas, plomizas, nefastas, pútridas y pestilentes del universo.

Tras el feudalismo, donde reyes, aristócratas y clérigos hacían y deshacían totalmente a su antojo, apareció en oposición la doctrina del socialismo que años más tarde terminó por convertirse en el comunismo. El comunismo abogaba por la destrucción de las clases sociales preestablecidas, por la abolición de la propiedad privada y por la construcción de una sociedad comunitaria mucho más justa. Esa era la idea, muy bonita y muy primorosa en su concepto.

La cruda realidad, empero, era que si hubieses vivido en pleno régimen comunista te habrías matado a trabajar como un cabrón para no conseguir una puta mierda en toda tu puñetera vida y encima, al morir, en vez de darte sepultura como es debido te habrían tirado un par de sacos de cemento encima y hala, los demás a seguir currando.

En aquella época, donde el analfabetismo continuaba imperando entre la gran mayoría de la población, llegar a la conclusión de que el comunismo era en realidad una puta mierda estaba sólo al alcance de unos pocos y, cuando dicha doctrina comenzó a extenderse de forma imparable por toda Europa, en consecuencia nacieron el régimen fascista y el nacional socialista. Hoy por hoy a la peña no le cabe en la cabeza que aquello pudiese ocurrir, es decir, que toda una nación como es en este caso la alemana le confiase su gobierno a Adolf Hitler. Pues bien, lo de que el partido nazi asumiera el mando fue exigencia del mismo ciudadano de a pie que votó mediante sufragio democrático ¡Para que luego digan que la mayoría siempre tiene la razón!

Alemania estaba hecha un drama, la verdad sea dicha, copada de políticos ineptos y corruptos que estaban hundiendo la economía de su nación porque ésta les importaba una puñetera mierda. Total, que aquella sociedad estaba en completa decadencia y la gente pedía a gritos un cambio radical; pedían que llegase alguien con mano férrea, en plan padre autoritario, que tuviese los santos cojones de hacer algo para salvar la situación y se dejase de tantas monsergas. Aun a sabiendas de que el régimen sería estricto y severo, fueron una vez más los putos idealistas quienes dieron respaldo a esta nueva forma de gobierno por tal de poner orden a la caótica situación y recuperar una sociedad idílica donde todos hablarían el mismo idioma, donde todo el mundo tendría un trabajo cojonudo y donde vivirían

en las montañas respirando aire puro y cantando oreléis todo el santo día sin tener que preocuparse por el gobierno de la nación ya que, supuestamente, lo dejaban en manos de gente honrada, trabajadora y que se preocupaba por el bien de su país.

La cruda realidad, de nuevo, es que si hubieses nacido en la Alemania nazi durante aquella época probablemente te hubiesen llevado al frente del este a luchar por tu puta patria y en menos que canta un gallo los rusos te habrían pegado un tiro en la cara o te hubiesen reventado el culo con un obús.

Así pues, queda claro que con todos los sistemas basados en un ideal pasará exactamente lo mismo. El capitalismo, o lo que vendría siendo la realidad de la doctrina económica liberal, ya de por sí tiene bastante mala fama pues nos prometía una sociedad donde se dijo que con esfuerzo podríamos conseguir todo lo que nos propusiéramos pero, claro, la realidad prevalece una vez más y acabas por darte cuenta de las desigualdades sociales que el mismo sistema genera. Y es que resulta francamente lamentable ver a la peña exigiendo calidad de vida mientras hay otros muchos que se mueren de hambre y otros tantos que se suicidan. Ni que decir tiene que el patético ideal anarquista sólo puede ser concebido por gente verdaderamente buena de corazón, que no entiende el que pueda haber personas que no lo sean tanto. Una sociedad sin leyes, sin gobierno y sin fuerzas del orden estaría a merced de los caraduras, de los ladrones y de los asesinos.

Pero vamos, que tampoco es mi intención ponerme en plan agorero ni tremendista. A decir verdad, la base idealista que dichos sistemas tenían en común era precisamente la de conseguir una sociedad

más justa y mejor para todos nosotros, mucho peor hubiera sido nacer esclavo en el antiguo Egipto y pasarse el día cargando piedras de sol a sol por un puñetero chusco de pan y un cacillo de agua. La mayoría de nosotros tenemos la gran suerte de estar viviendo en una de las mejores y más avanzadas etapas de la humanidad, tanto los hombres como las mujeres, en cuanto a derechos individuales se refiere pese a las muchas injusticias y los abusos de poder que todavía continúan existiendo.

En resumidas cuentas, y una vez más bajo mi propio criterio, ante la estupidez de ser idealista pienso que está la virtud de ser pragmático. De todas formas, como os decía, ser pragmático no es ninguna elección ya que la única forma de llegar hasta el pragmatismo es haber alcanzado un nivel de absoluto cinismo y desencanto hacia la sociedad. Lo que se debe aprender justo después de reconocerse como una persona pragmática es a no culpar a los entusiastas por serlo.

* * *

La culpa de todo la tienen los de siempre

Probablemente, con un episodio similar al de los reyes magos, pusimos el primer pie sobre la terrible realidad del mundo en que vivimos. Después de esta vinieron otras muchas falacias y, aunque el primer desengaño dolió más que ninguno, sucede que desde entonces venimos decepcionándonos hasta el punto en que hoy por hoy las mentiras ya no nos duelen como antes. La realidad es así, y eso es lo que sucede. Todo difiere tanto de las grandes expectativas que nos entregaron cuando éramos pequeños que es lógico y normal que nos sintamos desencantados.

De todos modos, hay que estarles agradecidos a nuestros padres por habernos mentido para preservar nuestra ilusión durante aquella etapa infantil en que la vida nos parecía tan maravillosa como para que pudiésemos creer incluso que existían los reyes magos. Los reyes magos no existen... los que sí existen son nuestros padres, que volcaron toda su buena voluntad por tal de que viviéramos un dulce tiempo de quimera.

No sé si he conseguido explicarme con suficiente claridad, lo que pretendo dejar claro es que idealistas y pragmáticos continuarán con su tira y afloja eternamente; los hubo antes de que nosotros nacióramos y los seguirá habiendo después de que pasemos a mejor vida. Lo verdaderamente importante es recordar que, tenga quien tenga la razón de los dos en cada caso, siempre podremos echarles la culpa de todo a los maricones del espacio.

* * *

FIN DEL SEXTO TOMO

INDICE

SEIS MILLONES DE JUDÍOS NO PUEDEN ESTAR EQUIVOCADOS	7
PORCULISMO INTERNACIONAL	14
INTIFADA ANAL	19
HITLER ERA UN HOMBRE SENSIBLE	23
¡CUIDADO CON EL TETO!.....	30
FOLLADA RELÁMPAGO	46
EL CLUB DE LA DUCHA	52
EL RETORNO DEL REICH	60
EL DISCURSO DEL GAY	68
LA LIBERTAD SEXUAL ES UN GENOCIDIO	72
EL FIN DE UNA GRAN ESPERANZA	77
EL MUNDO NO SE DETENDRÁ CUANDO HAYAMOS MUERTO	80

¿Cómo consiguió Polla Pesebre su primer trabajo y qué organización es la que se encarga, a nivel mundial, de erradicar la pandemia homosexual que azota a la sociedad de nuestros días?

¿En qué consiste la esculomaquia y qué son los micropuntos?

¿Qué tipo de bebida energética, milagrosa y revitalizante es capaz de orinar el espíritu de José Antonio Primo de Rivera?

¿En qué momento de su vida termina aceptando un hombre que tendrá que acabar pagando para poder follar?

¿Qué sentido tiene salir de fiesta si no es para ligar y por qué los skinheads de ahora ya no son como los de antes?

Y sobretodo...

¿Te dejarías dar por el culo ahora mismo si te pagasen en mano un millón de dólares?

Las respuestas a estas preguntas (y alguna más, igual de estúpida si cabe) las encontraréis en el siguiente número de:

MARICONES DEL ESPACIO

Oi!

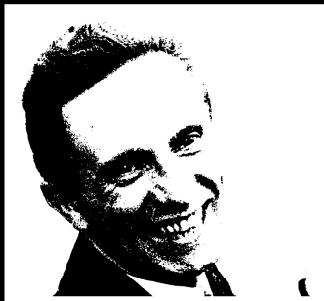
Vuelven los skinheads.



ADOLF 'MEIN FÜHRER' HITLER



HEINRICH 'REICHSFÜHRER' HIMMLER



JOSEPH 'PROPAGANDA' GOEBBELS



RUDOLF 'THE PRISONER' HESS

CONDILOMA EDICIONES PRESENTA: ¡SIEG HEIL!

· SEIS MILLONES DE JUDÍOS NO PUEDEN ESTAR EQUIVOCADOS · PORCULISMO INTERNACIONAL · INTIEFADA ANAL · HITLER ERA UN HOMBRE SENSIBLE · ¡CUIDADO CON EL TETO! · FOLLADA RELÁMPAGO · EL CLUB DE LA DUCHA · EL RETORNO DEL REICH · EL DISCURSO DEL GAY · LA LIBERTAD SEXUAL ES UN GENOCIDIO · EL FIN DE UNA GRAN ESPERANZA · EL MUNDO NO SE DETENDRÁ CUANDO HAYAS MUERTO


CONDILOMA
EDICIONES

CONDILOMA EDICIONES aclara que, sin compartir el trasfondo ni el contenido de la obra, su interés se ha limitado exclusivamente a producir un libro que reflejara las inquietudes y la actitud de un determinado sector de la juventud.

MARICONES
DEL ESPACIO
correos@condiloma.es